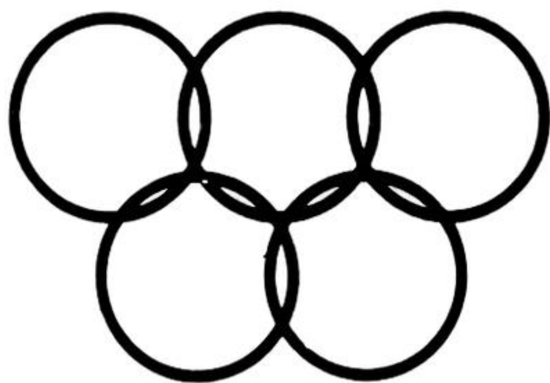



# IDOLO DE BARRO

**Lucky Marty**



COLECCION
# DOBLE JUEGO



LUCKY MARTY

# ÍDOLO DE BARRO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 43
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048 5
Depósito legal: B. 39.130-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero. 1983
2.ª edición en América: julio. 1983



Esta edición es propiedad de EDICIONES CERES, S. A. Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona — 1983

La gloria rápidamente lograda, presto se desvanece.

SCHOPENHAUER

# CAPÍTULO PRIMERO

Arthur Pem se despertó con la cabeza pesada, sintiendo que le dolían las sienes por efecto de la tremenda resaca.

No era la primera vez que le ocurría aquello. Últimamente bebía demasiado; sobre todo después de que, tras ganar el premio Pulitzer de Literatura, el resto de sus novelas habían sido un rotundo fracaso.

Desde entonces, dedicándose a las crónicas deportivas en el *Chicago Sun Times* y a la publicación de algún que otro artículo en distintos periódicos y revistas, iba tirando como podía.

La gloria, que le había llegado antes de cumplir los treinta años, se le estaba escapando de entre las manos, porque no tenía la suficiente fuerza de voluntad para volver a ponerse a escribir en serio.

Naturalmente, como la gran mayoría de los humanos, Arthur Pem ya había encontrado un culpable de lo que le pasaba. Su fracaso matrimonial —terminado en divorcio— con la multimillonaria Grace Broderick, le había arrastrado a aquella sensación de inseguridad y pereza en la que, tan solo por la anterior fama adquirida, aún era medio respetado y conocido.

Pero Arthur Pem no era de los hombres que se conforman con ser una medianía. Desde muy niño le habían gustado los triunfos y las victorias, y aún recordaba que su madre le había dicho en cierta ocasión, cuando adivinó sus inquietudes e impaciencias:

—Si no quieres perderte en el olvido tan pronto como estés muerto y corrompido, hijo mío, o bien escribes cosas dignas de leerse, o bien haz cosas dignas de escribirse.

Desde muy jovencito, él se había inclinado por escribir, dado que en el mundo moderno ya no se podían hacer «grandes cosas».

Ya todo estaba descubierto, todo estaba hecho; ya nada grande se podía realizar.

Y eso de ser astronauta e ir a la luna, se le antojaba una solemne tontería.

A Arthur Pem le gustaba este mundo. El entorno que él conocía y en el que llegó a brillar, con luz propia, el día que la universidad de Columbia le otorgó el Pulitzer por su novela titulada «El crecimiento de un terrorista».

La obra causó sensación y se vendieron muchas ediciones, desde Nueva York a California, desde Florida a Oregón. También se hicieron muchas traducciones y Europa entera, como el resto del mundo, conoció el nombre de Arthur Pem.

Tiempos de triunfo y gloria, de «vino y rosas», de ganar ríos de dólares, festejos, conferencias, viajes y conocer a mucha gente, todos ansiosos por estrecharle las manos y palmearle las espaldas.

Llegó a cansarse de tantos viajes, discursos y fiestas y por eso, en cierta ocasión llegó a manifestar, para justificar la brevedad de su conferencia:

—Señoras y señores, la conversación le hace al hombre ágil; la lectura le hace completo. El escribir le hace conciso.

Siguió escribiendo, pero todos esperaban mucho más de él, o no supo mantenerse a la altura que aquel premio le había situado.

De cualquier manera, antes de ir hundiéndose en la nada del fracaso literario, por aquellas fechas fue cuando se casó con la voluble y caprichosa Grace Broderick, quien le estuvo exhibiendo con toda su millonaria familia por todo el país, como si fuese un trofeo que sus muchos dólares habían podido costear.

Todo aquello le aburrió, le hastió, le dejó como vacío.

Por fuera y por dentro.

Ya no fue capaz de escribir con nervio, con profundo sentido, con garra. Las ideas se le diluían en la vida cómoda y fácil que soportaba, en una letargia que le llevó al divorcio.

Grace Broderick organizó la disolución del matrimonio, naturalmente alegando a la socorrida «crueldad mental», cuando en realidad había sido él quien había estado sometido al tormento de una existencia hueca en la que nunca existió el verdadero amor, aparte del atractivo físico, puramente sexual.

La separación de bienes fue total. Arthur Pem no sacó nada de aquel divorcio, salvo la molesta sensación de que había sido un imbécil cuando se dejó arrastrar a él.

Esta sensación de fracaso terminó hundiéndole, hasta el punto de convertirle en un escéptico tirando a cínico, capaz de no tomarse en serio ni a él mismo. Por estas fechas fue cuando llegó a escribir en uno de sus artículos: «Ser mal comprendido por aquellos a los que hemos amado, he ahí el cáliz de la amargura y la cruz de la vida. Eso es lo que pone en la boca de los hombres superiores esa sonrisa dolorosa y melancólica tan extraña...»

En el *Chicago Sun Times* le aceptaron como cronista deportivo y, durante un par de años, viajó por todo el país y sus reseñas deportivas pronto alcanzaron notoriedad y fama. Se mostraba siempre justo y acertado en sus apreciaciones, era de los pocos que no admitía sobornos, «regalitos» o componendas y, en esta línea, los aficionados llegaron a estar totalmente seguros de que leerían la verdad de lo ocurrido en un campeonato de rugby, de baloncesto, fútbol o en un torneo de tenis, si para cubrir aquella información era enviado Arthur Pem.

Por otra parte, la indudable calidad literaria que aquel hombre había demostrado en su día, también resaltaba en todas sus crónicas y artículos, prestando a las proezas deportivas un encanto que se agradecía.

Aunque en una escala más baja, Arthur Pem empezaba a volver a triunfar.

Pero entonces fue cuando se vio envuelto en otro escándalo...

* * *

Le seguía doliendo la cabeza por la resaca y estiró los brazos sobre la cama para desperezarse.

Se tendría que levantar para tomar aquellas «maravillosas» píldoras que le había recomendado Rit Stervenson, aquel otro periodista sueco tan aficionado al *whisky*.

Pero, al estirar los brazos y bostezar, su brazo derecho tropezó con «algo» que también estaba sobre el lecho.

¡Era un cuerpo humano!

Arthur Pem se enderezó tan alarmado como sorprendido, dio la luz y al quedar iluminada la habitación del hotel comprobó que se trataba de una mujer.

Una hermosa mujer rubia, joven y de cuerpo tan apetitoso como escultural, de bello y sereno rostro con gracioso mohín en sus labios, hasta el punto de parecer una niña acurrucada allí, que inútilmente pretendía cubrir su desnudez total con sus brazos contra los lujuriosos senos y las piernas encogidas: casi hecha un ovillo.

—¡Diantre! —exclamó entre dientes el periodista—. ¿De dónde ha salido esta preciosidad?

La desconocida seguía dormida y él no hizo nada por despertarla. Le pareció un sacrilegio privar a sus golosos ojos de aquella sugestiva contemplación, que no solo se le antojó hermosa, sino también muy deseable.

Recordando confusamente, Arthur Pem volvió a decirse para él mismo: «Debe ser una de las chicas de la fiesta de anoche».

Recordaba vagamente que la noche anterior varios cronistas deportivos se habían reunido en uno de los comedores del Astoria para celebrar el triunfo en el campeonato de liga de los «Gigantes de Nueva York», en la modalidad de hockey sobre patines.

En aquellas reuniones, después de la cena y sobre todo los periodistas solían terminar bailando y bebiendo mucho.

Pero Arthur Pem, por más que se fijaba —con suma atención y detenimiento—, seguía sin tener ni idea de quién podía ser la fenomenal rubia que tenía en su cama.

Poco a poco, casi sin poder evitarlo y como atraído por un poderoso imán, pese al dolor de cabeza, Arthur Pem fue inclinándose para besar los cabellos revueltos de la joven. El gracioso mohín de los labios femeninos se acentuó, pero siguió con los ojos cerrados.

El hombre se atrevió a más y terminó rozando sus labios contra la mejilla femenina. Un estremecimiento pareció recorrer aquel hermoso cuerpo de mujer, cuyos labios al fin musitaron como con dulce queja:

—¡Oh! ¡Déjame dormir más, cariño! ¡Estoy muy cansada!

Bueno: aquello no se ponía mal.

Ya incapaz de resistir el deseo que le iba invadiendo, Arthur Pem buscó con los suyos, suavemente, los labios femeninos.

Aquella vez, consciente o inconscientemente, la bella desconocida respondió a la caricia: seguía con los párpados bajados, pero sus tentadores labios se entreabrieron mientras sus brazos, con perezosa negligencia y la mayor naturalidad, se colgaron del cuello del hombre para vencerle más hacia ella, para apretarle contra la fuente exótica y húmeda de su boca.

Arthur Pem ya no se refrenó en absoluto y también acarició y se abrazó a aquel cuerpo, enzarzados los alientos y fundiéndolos hasta convertirlos en una sabrosa pócima que les hizo estremecer. La lengua cálida y pastosa de la mujer se recreó dentro de su boca, transmitiéndole un sinfín de paradisíacas sensaciones.

Solo al separarse un instante para tomar respiro, con su vocecita dulce agitada, ella exclamó:

—¡Eres terrible, Arthur! Anoche me dejaste agotada y ahora...

¡Arthur!

Le había llamado por su nombre: eso quería decir que ella sí que le conocía a él. Y si sabía quién era y ahora volvía a aceptarle, ¿por qué no seguir?

Además, ¿quién era el guapo que se apartaba de una tentación así?

Arthur Pem había perdido el dominio, prisionero y esclavo de un instinto de posesión que ansiaba por realizarse por completo. Cuando penetró en ella no tardó en oírla, rugir, zozobrar, excitarse al máximo y apretarse contra él, en un intento ya imposible de fundir más sus cuerpos.

Fue entonces cuando Arthur Pem experimentó la sensación de que su mente quedaba en blanco, que un calor sofocante invadía su cuerpo y que se estaba muriendo de placer. La vibración electrizante de las dos naturalezas jóvenes, al unísono, los trasladó a una dimensión de paradisíacas vivencias, por las que estuvieron vagando hasta llegar al éxtasis final.

Luego se miraron a los ojos en absoluto silencio, mientras sus tórridas naturalezas se iban sosegando. Por las rendijas de las cortinas echadas se filtraba a la habitación la luz diurna, y ahora con deseos de encender un cigarrillo, el comentario del periodista fue:

—Ya debe ser muy tarde.

—¿Y qué importa eso? —pareció reprochar ella, en su afán de retenerle más.

—Debo levantarme; en el *Chicago Sun Times* deben estar esperando mi crónica.

—¡Pero si ya la enviaste anoche! —aclaró ella.

—¿Yo...? —indagó él, muy extrañado.

—Sí... ¿No recuerdas, amor? Me dejaste un momento mientras bailábamos y lo hiciste por teléfono.

—Ni idea, nenita... ¡No recuerdo nada!

—Al menos recordarás una cosa... —dejó ella colgando, feliz y sonriente.

—No sé... Tú me dirás, mujer.

—¡Arthur!

—¿Qué?

—¿Pero de veras no recuerdas que anoche nos casamos?

Arthur Pem dio un brinco tremendo y saltando de la cama se puso en pie.

Allí, totalmente desnudo y ante aquella mujer rubia que le fulminaba con sus grandes ojos azules, no sabía qué decir ni lo que hacer.

¡No podía ser cierto lo que había oído!

# CAPÍTULO II

Aquel certificado de matrimonio que ella ahora le mostraba era tan cierto como auténtico. Estaba extendido y firmado por un juez del distrito XI, en el que se decía que Arthur Pem y Bessy Loy se habían casado la noche anterior en presencia de dos testigos: el periodista sueco Rit Stervenson y la fotógrafo Nadina Parluzzi.

Arthur Pem parpadeó varias veces, empezó a vestirse y pareció rechazar:

—¡Estaría borracho!

—Bien: admito que bebiste un poco... ¡Pero me dijiste que me querías! —aseguró ella.

—Mira, nenita... Estas cosas suelen ocurrir... Pero cuando despiertas y te das cuenta de las locuras que se cometen...

—¿Locura, Arthur?

—Bien: llámalo como quieras.

—¡Oh, Dios mío!

—¡No! ¡No te pongas a llorar ahora!

Inútil recomendación: Bessy Loy, también periodista deportiva de profesión, aunque generalmente dedicada a la fotografía, se estaba deshaciendo en lágrimas. Sus preciosos hombros desnudos se agitaban convulsionados por el llanto, reclinada la cabeza rubia sobre las encogidas rodillas que ahora pretendía cubrir con la sábana.

El hombre la miraba aún sin saber qué hacer ni cómo reaccionar.

Pero de una cosa sí estaba seguro: no estaba dispuesto otra vez a convertirse en un hombre casado.

Por más deliciosa que fuese aquella linda rubia, ¡no le pescaría!

Arrastrado por estos pensamientos, se encontró diciendo:

—No llores más, mujer. ¡Anularemos ese matrimonio!

Fue como echar más leña al fuego. Su esposa arreció con mucha más fuerza en el desconsolado llanto, hasta que, terriblemente ofendida, iracunda, con fuerza y rabia empezó a lanzarle las almohadas.

Arthur Pem reculó mientras esquivaba como podía los proyectiles a la par que oía que ahora le gritaban:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, bribón!

—¿Fuera? ¡Pero si esta es mi habitación!

—¡Digo que fuera! ¡No quiero verte más, canalla! ¡Oh, Dios mío! ¡No sé por qué estaba enamorada de ti!

—Pamplinas no, nenita. ¡Ni tan siquiera te conocía!

—Yo a ti sí. ¡Hasta he sido tan tonta que me he leído todas tus novelas y siempre analizaba tus crónicas!

—Lo siento, yo... No sabía que tú...

—Anoche te creí... y fui muy feliz cuando me dijiste que...

—Te lo repito, mujer. ¡Estaría borracho!

De pronto pareció serenarse, la mujer también saltó del lecho, se envolvió entre las sábanas e imperiosamente se puso a gritar:

—¡Fuera! ¡No quiero verte más! ¡Y anularemos nuestro matrimonio!

—¡Pues claro que lo anularemos! —aprobó él.

Bessy Loy ya no fue capaz de contenerse. Su orgullo herido la arrastró a empezar a arrojarle todo lo que encontraba a mano, afortunadamente para el periodista con más cólera y furia que puntería.

Sobre todo había algo que no podía perdonarse a ella misma. No solamente había entregado su enamorada virginidad a aquel hombre, sino que hacía pocos minutos le había vuelto a demostrar su amor por él con toda la pasión de la que era capaz, para ahora sentirse de aquella manera tan humillada, rechazada.

En pocos minutos, no solo la habitación quedó hecha un asco, sino que ante los ruidos acudió el personal y fue así como estalló el escándalo.

De no ser ellos precisamente los dos principales protagonistas de aquella «historia», la noticia no habría saltado a las primeras páginas.

¿Pero cómo ocultar que el famoso Arthur Pem había tenido que salir huyendo de su habitación en el Astoria, perseguido por los proyectiles que le lanzaba su irritada esposa Bessy Loy, también conocida reportera gráfica deportiva?

Los comentarios fueron muchos, de todos los colores, tonos y opiniones. Pero lo peor para Arthur Pem fue lo que le dijo el director del *Chicago Sun Times*.

—Su crónica de la otra noche, enviada por teléfono... ¡Fue una auténtica basura!

—Pero señor, yo...

—¡Estaba borracho! Me han dicho que no se le entendía nada. Su lengua se trababa y... ¡No le aguanto más, Pem!

—¿Me despide?

—Ahí tiene su indemnización, Pem. Es usted un excelente escritor y mejor cronista, muchacho. Pero si tiene problemas personales... ¡lo siento!

Los días que siguieron fueron muy duros para Arthur Pem. Ni tan siquiera sabía dónde vivía su nueva esposa. Bessy Loy había desaparecido de su vida, con la misma prontitud que había entrado.

Y el caso era que aquella mujer le gustaba.

¡Le gustaba mucho!

Buscó a su amiga, la también reportera gráfica Nadina Parluzzi, que

había sido uno de los testigos de su boda. Cuando al fin la localizó en la redacción del *New York Post*, aquella mujer le dijo:

—No... No te diré dónde puedes encontrar a Bessy.

—Pero... ¡Qué narices! Es mi esposa, ¿no?

—¡Por equivocación! No debió aceptarte aquella noche.

—Tengo que hablar con ella, Nadina.

—Lo harás, a través de los abogados.

—Está bien... ¡Podéis iros las dos a la porra!

En su sordo enfado, Arthur Pem pensó que lo mejor sería tomar unas copas.

Iba por el quinto *whisky* cuando la casualidad quiso que en el local entrase el malcarado Brake, un antiguo ex peso pesado que dejó los guantes por la pistola en sobaquera, convirtiéndose en uno de los guardaespaldas del famoso promotor de boxeo Gary Bronsky.

Martín Brake se le acercó y le susurró al oído:

—El patrón quiere verte, Pem.

A Arthur Pem nunca le habían gustado los tipos como Gary Bronsky. Era esa clase de promotor que atrapaba en la red de sus intrigas y corruptelas a todos los boxeadores que manejaba en la gran «industria» en torno al deporte del boxeo.

Pero como empezaba a estar en una situación en la que no podía elegir mucho, tras apurar el vaso se interesó:

—¿Y qué diablos quiere de mí el «Gran Bronsky»?

—No lo sé: me ha dicho que te busque y que vayas a verle.

Cumplido su encargo, el gigantón Martin Brake se levantó, pero dejando sobre el mostrador un sobre.

—Ahí tienes, Pem; para los primeros gastos.

No le dio tiempo ni a replicar.

Cuando Arthur Pem buscó en el fondo del sobre sacando los billetes, el exboxeador ya había salido del local. Allí había diez billetes de a cien, que significaban mil bonitos dólares.

A Arthur Pem se le alegró la vista. Pagó las consumiciones y hasta dejó una generosa propina para el camarero.

Cuando salió a la calle ya había decidido que le haría una visita al «Gran Bronsky».

* * *

El despacho de Gary Bronsky distaba mucho de ser la oficina charramente decorada que es corriente entre los empresarios de boxeadores. Más bien parecía la de un negociante francamente próspero del ramo del espectáculo o de altas finanzas que, además, se sentía interesado en asuntos de boxeo. Las láminas de corcho marrón que tapizaban las

paredes estaban cubiertas de grandes fotografías de boxeadores célebres, jugadores de béisbol y astros cinematográficos con expresivas dedicatorias como «A mi gran amigo Gary» o «A un gran amigo».

Había una de Frank Sinatra, en la que se podía leer: «A todo un tipo».

Sobre el escritorio de Gary Bronsky había una caja de habanos y un retrato de su esposa —cuando era una encantadora morenita que trabajaba como corista en Broadway— y de su hija.

Nada más verle entrar, sonriéndole de oreja a oreja, el famoso promotor de boxeo le saludó jovial:

—¡Hola, Arthur! Tengo un trabajo serio para ti, muchacho.

Arthur Pem estrechó aquella mano bien cuidada y se sentó en uno de los butacones de cuero, manifestando a su vez:

—Ya me dio su encargo esa mala bestia de Brake.

—¿Se mostró rudo?

—No... Más bien muy «dadivoso».

—Verás, Arthur... Esos mil pavos son para que vayas saliendo del apuro en que estás.

—Al grano, señor Bronsky: usted nunca da nada por nada.

—Me gustan tus crónicas deportivas. ¡Son excelentes!

—No me diga que me llamó para darme coba, por favor.

—No... Pero en mi organización necesito un tipo como tú.

—¿Para qué, señor Bronsky?

—Quiero que hinches un globo.

—Hable más claro.

—Quiero que te pongas a escribir, sobre un chico que Santoni Donnato ha contratado.

—¡Uf! Santoni Donnato es un bribón, señor Bronsky.

—Lo sé... Pero tengo negocios con él.

—Pues usted dirá, porque ya no puedo devolverle los mil dólares.

—Ni hace falta, Arthur. ¡Ganarás muchos más conmigo!

—¿Qué pasa, señor Bronsky? ¿No tiene bastante con Martín Brake y sus otros pistoleros? ¿A quién he de matar?

En vez de ofenderse, el elegante Gary Bronsky volvió a sonreír celebrando:

—¡Me gustas, Arthur! Siempre lo dije: ese chico tiene clase.

—Adelante, señor Bronsky: soy todo oídos.

—Bien, pues... ¿Oíste hablar alguna vez de Cruz Osma?

—Le doy mi palabra: en mi vida he oído hablar de Cruz Osma.

—Nadie ha oído jamás hablar de Cruz Osma. Y precisamente para eso estás aquí. ¡Tú vas a hacer que todo el mundo hable de él!

Arthur Pem empezó a comprender para qué le necesitaba aquel astuto magnate del boxeo. A fin de cuentas él era un excelente periodista

deportivo y, si no recordaba mal, hacía muy poco que le había dicho que él tendría que «hinchar un globo».

Al fin volvió a interesarse:

—Bien, señor Bronsky. ¿Dónde está ese Cruz Osma?

—Lo ha traído Gigi Dullio, desde Chile.

—¿Gigi Dullio? —volvió a escamarse el joven periodista.

Recordaba que, en su tiempo, Gigi Dullio había sido un peso mediano bastante bueno; pero ya hacía años era un empresario ocasional, siempre ojo avizor, para sacar un dólar por malas artes. Le sorprendió un poco que Gary Bronsky anduviera en tratos con un ladronzuelo así, de tres al cuarto.

Cuando recobró su asombro, el periodista dijo:

—¿Sabe cómo llaman por ahí a Gigi Dullio, señor Bronsky?

—Algo he oído.

—Pues le llaman «el honrado ferroviario»... ¡porque nunca se llevó un vagón a casa!

—Nada de eso me inquieta, Arthur. El día que no pueda manejar a tipos como Gigi Dullio, traspasaré el negocio a otro. Pero por ahora, el trato que he hecho con él me interesa. Le damos cinco papeles de mil por ese Cruz Osma y un cinco por ciento de participación en los beneficios. Claro que hay, además, un sudamericano bobalicón y tonto, que es quien ha traído al mozo aquí.

Gary Bronsky hizo una pausa mientras encendía uno de sus olorosos habanos, antes de seguir:

—Ese tipo se llama Amado Sánchez. Bien: pues Gigi le da 2.500 dólares y nosotros le cedemos otra participación del cinco por ciento.

—Usted verá, señor Bronsky. Pero ¿a qué viene todo ese lío?

—Yo me entiendo, Arthur.

—¿Qué demonios tiene de especial ese Cruz Osma?

—Cuando le eches la vista encima ya lo comprenderás. ¡Nunca ha subido a un cuadrilátero un tío tan grande!

—¿Es un fenómeno?

—Algo así: más de dos metros de altura... ¡y ciento treinta kilos de peso!

Buen conocedor de todos los deportes, el periodista comentó:

—Posiblemente solo 130 kilos de gandul, señor Bronsky. Los tipos con tanto peso no suelen dar buen juego con los guantes calzados.

—Ríete si quieres, Arthur. Tal vez no tengo tanta cultura como tú, pero sí sé mucho más de estos negocios.

—Nadie lo duda, señor Bronsky.

—Te diré lo que voy a hacer contigo, don Sabelotodo: cobrarás tus doscientos machacantes todas las semanas, y encima voy a darte el cinco por ciento de nuestras ganancias, al final. Si sacamos 200.000 libres al fin

del primer año, habrás reunido una buena cantidad de plata... ¿No te parece?

Arthur Pem comprendió cómo aquel hombre enfocaba el asunto. Por su parte, y dadas sus actuales circunstancias, pensó que si el azar ponía en sus manos el dinero suficiente para realizar su sueño, dejaría el periodismo deportivo, se construiría una cabaña en la montaña en algún sitio apartado del país y dedicaría un año entero a volver a escribir como a él le gustaba.

Y aquel cinco por ciento que Gary Bronsky le prometía de los 200.000 dólares que pensaba ganar, hacía sus soñados proyectos más que posibles.

¿Por qué no aceptar?

Ya empezaba a estar más que harto de tener que ir de un sitio a otro, para poder escribir sus crónicas deportivas. Hoy en Nueva York para dar cuenta de un partido de béisbol; mañana en Chicago para una velada de boxeo; dentro de dos días en Miami, o en California, para una final de hockey sobre hierba o patines.

¿Siempre así?

Tenis, fútbol, natación, carreras de caballo, de Fórmula 1, de motorismo o bicicletas, ya le tenían hasta los pelos. Él sí que parecía una pelota, siempre rodando de un sitio para otro, de hotel a hotel, de estado a estado y de ciudad a ciudad, total por unos dólares.

Él, Arthur Pem, ganador de un Pulitzer, aspiraba a otra cosa.

¿Qué le importaba a él que Gary Bronsky fuese un astuto «manipulador» del mundo del boxeo? ¿No estaba el país, y aun el mundo entero lleno de hombres así?

Y, como su oportunidad estaba en aceptar y ya tenía mil dólares en los bolsillos, aceptó.

## CAPÍTULO III

Al día siguiente, en un coche de segunda mano que se compró, Arthur Pem fue a la residencia campestre de Gary Bronsky.

Era una soberbia finca que había pertenecido a un agente de bolsa millonario, el cual había decidido venderla a toda prisa a causa del fracaso de su patrimonio en una serie de desacertadas jugadas de Bolsa. Gary Bronsky había pagado por ella unos 70.000 dólares, pero saltaba a la vista que aquella casa de 23 habitaciones, con 50 hectáreas de terreno, piscina, pista de tenis, invernadero y cuadras para caballos, habría costado por lo menos 300.000.

Muy poético, quizá en un momento de inspiración, el nuevo dueño de la finca la había rebautizado con el sonoro nombre de «Paraíso Perdido».

Ya en el césped de la entrada y nada más aparcar, Arthur Pem se encontró con León Bass, hombrecillo maduro y de cabellos grises que en tiempos había sido un peso ligero prometedor, hasta que el que fue campeón, Sandy Turner, le cortó la carrera en un memorable combate que le apartó del cuadrilátero.

Ahora, León Bass se dedicaba a entrenar a los boxeadores de Gary Bronsky y, en honor a la verdad, podía afirmarse que era uno de los mejores en su oficio.

El dueño de la finca había estado jugando al tenis y se acercó a ellos, poniéndole la mano en el hombro a Arthur Pem al anunciar:

—Ya eres de nuestro equipo, Arthur. ¡A portarse bien!

—Lo intentaré, señor Bronsky.

—Vamos: Amado nos espera.

Los tres entraron en la soberbia mansión y cruzaron el espacioso salón, camino de una galería encristalada. Cuando les vio, el bajito y rechoncho chileno Amado Sánchez se puso vivamente en pie, muy ceremonioso y con una sonrisa ensayada que dejaba ver todos sus dientes, no muy blancos. Aquel hombre era pequeño, de tez morena, con media docena de mechones de pelo que arrancaban de la frente y le llegaban a la nuca, gracias a un estratégico aunque infructuoso intento de ocultar la calvicie. Llevaba botines, chaleco a cuadros y chaqueta deportiva de cuatro botones que fue de moda cinco a seis años antes.

Con la displicencia de un millonario Gary Bronsky hizo la presentación:

—Arthur Pem... Este es Amado.

El joven periodista y el empresario chileno se estrecharon las manos,

escuchando que el dueño de la finca volvió a indicar:

—Y como ustedes tienen cosas que hacer, yo les voy a dejar.

El entrenador León Bass le siguió fielmente como dócil corderito y, nada más quedar a solas, el chileno inició la conversación:

—El señor Bronsky tiene muy buena cabeza para los negocios. Le diré la verdad, amigo Pem: cuando Cruz Osma y yo vinimos a Norteamérica no me atreví a soñar que llegaría a ser socio de un hombre así, tan importante.

—Me alegro que se sienta feliz, señor Sánchez —celebró Arthur Pem.

—Llámeme Amado, por favor —le corrigió.

—Muy bien, Amado... Y usted a mí Arthur.

—El señor Bronsky me ha hablado muy bien de usted, Arthur. Me ha dicho que es un gran escritor y que con sus artículos y crónicas en la prensa, hará muy famoso mi descubrimiento, a Cruz Osma... Y también a mí, por ser su primer empresario.

—Lo intentaré, Amado. Pero lo primero que tiene usted que hacer es contarme la historia completa. Desde el principio, claro: cómo le conoció, de dónde es el mozo y cuántos años tiene, cuándo empezó a boxear... En fin: todos los detalles.

—Pues verá usted... ¿Puedo empezar?

—Por supuesto, Amado.

—Hace dos años, yo tenía un pequeño circo ambulante y un día llegué con todos mis artistas a una pequeña aldea montañesa, situada entre las fronteras de Chile y Argentina. Se llamaba Peñas Grandes y la representación marchó estupendamente, hasta que en mi último número hice aparecer a «Sansón el Fuerte».

Arthur Pem empezó a tomar notas y quiso concretar:

—¿Quién era «Sansón el Fuerte»?

—En realidad era un peruano llamado Pedro, que siempre retaba al público a que él podía levantar cualquier cosa que llevasen a la escena tres espectadores juntos.

—¿Era un tipo fuerte?

—¡Mucho! Por eso a mí se me ocurrió llamarle así: «Sansón el Fuerte».

—Siga, Amado.

—Pero en aquella ocasión, tres de los hombres más grandes y fuertes que he visto en mi vida, llevaron a escena el tonel de vino más enorme que han visto mis ojos. ¡Me quedé sin habla! Naturalmente, pregunté quiénes eran aquellos grandullones y me contestaron que eran los hermanos Osma, muy famosos en Peñas Grandes y todos sus contornos.

—¿Mestizos? —jugó a adivinar Arthur Pem.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe usted?

—Siga, por favor.

—El más viejo se llamaba Julio y era tonelero; los otros dos eran sus

hijos.

—¿Qué pasó, Amado?

—Bueno, mi amigo; el gran tonel de vino estaba en escena y, si mi «Sansón el Fuerte» no podía levantarlo, yo había prometido pagar un peso a cada uno de los tres hombres.

Aquel chileno hizo otra pausa y añadió:

—Y sí... ¡no lo permitiera Dios! alguno del público lo levantaba... ¡Yo también había prometido pagarle cinco pesos!

—¿Perdió su apuesta?

—Verá, verá... El pobre «Sansón el Fuerte» abrazó el tonel. Probó, tomó aliento, volvió a probar una y otra vez, sudó y rebufó como un condenado... ¡Pero no logró levantar el tonel!

—Lo siento, Amado: en aquella ocasión su hombre fracasó.

—¡Estrepitosamente! Y lo peor es que la gente, además de burlarse de nosotros y reírse, empezó a gritar dando palmadas: «¡Que salga Cruz! ¡Que lo levante Cruz!

—¿Otro más de los tres que llevaron el tonel hasta allí?

—Sí... Era el tercer hijo del tonelero, Julio Osma... Enseguida surgió de entre el público todo un gigante de más de dos metros de altura y con un cuerpo de auténtico titán. Subió al escenario y... ¡se lo juro por mí santa madre, Arthur!... agarró el pesado tonel y con suma facilidad lo levantó por encima de su cabeza.

—Y usted, naturalmente le echó el ojo.

—Pregunté quién era aquel sujeto y me dijeron que era el hijo más joven de Julio Osma... ¡El hombre más fuerte de todo Chile!

—Fue cuando le contrató usted...

—Cuando pagué al joven gigante sus cinco pesos que se había ganado, le dije: «¿Te gustaría viajar con nosotros en mi Compañía?».

—¿Qué le dijo?

—Yo le doré mucho la píldora, asegurándole que ganaría mucho dinero y vería muchos sitios, así como a mujeres bonitas y todo ese cuento.

—¿Aceptó?

—¡Ni por esas! Cruz Osma me dijo muy tranquilo y escueto: «No, señor, prefiero quedarme entre los míos».

—Y usted no se rindió.

—¡Desde luego que no! Le pregunté cuánto ganaba allí y me dijo que dos pesos diarios, cortando leña en los montes y ayudando a su padre y hermanos a confeccionar toneles. Volví a la carga y le aseguré que yo, Amado Sánchez, le pagaría cinco pesos diarios, si aceptaba ocupar el puesto de «Sansón el Fuerte». Hasta recuerdo que le prometí: «Cuando vuelvas por aquí, podrás casarte con la muchacha más bonita de Peñas Grandes. ¡Nadie será más famoso y rico que tú!».

—¿Quiere decir que podré casarme con María? —me preguntó el muy ingenuo.

—Me di una palmada en la frente —prosiguió el empresario chileno—. Al instante pedí que me presentase a María, que resultó ser la hija de un rico estanciero de por allí. La chica era joven, guapa y parecía la más refinada del contorno: aunque seguía siendo una palurda de aquellas montañas.

—¿Y María qué dijo? —se interesó Arthur Pem.

—Que le parecía muy bien que yo hiciese famoso y rico a Cruz Osma. Así sus padres no se opondrían a que aquel pobre mocetón se casara con ella.

—¿Y el gigante...?

—Cruz Osma me miró largo rato y yo veía que mis promesas le daban vueltas en la cabeza. No sonreía, pero cuando intercambió significativas miraditas con la muchacha, terminó anunciándome: «Pediré permiso a mí padre».

—Bien: ya iré adornando todos estos datos de la historia de Cruz Osma. Estamos en que usted consiguió su propósito y...

—Le diré: allí donde fui con Cruz Osma, tuve grandes éxitos. La gente nunca había visto a un hombre tan grande ni tan fuerte, con una musculatura tan magnífica. ¡Era capaz de levantar lo que se le ponía delante!

—¿Ganó usted dinero?

—Bastante; por eso decidí dejar mi circo y viajé a la Argentina, concretamente a Mendoza, donde vive mi buen amigo Lupe Morales, ya sabe, el que fue entrenador de Luis Ángel Firpo.

—¡Ya, ya! El gran campeón argentino.

—Pues con mi amigo Lupe hice el trato de enseñarle a Cruz Osma la ciencia de la lucha en el cuadrilátero por el cinco por ciento del dinero que él iba a ganar. Cuando se lo dije a mí pupilo, no le gustó y me preguntó: «¿Por qué me tengo que pegar con otro hombre, sin estar enojados...?» Y es que el pobre tiene el cuerpo como una montaña, pero los sesos como un poroto. ¿Usted comprende?

—¿Qué le dijo usted?

—Que no hacía falta que estuvieran enojados, que la lucha era un negocio y que así podríamos ganar mucho más. Y añadí que así podría volver a Peñas Grandes mucho más pronto, para construirle una casa a su adorada María.

—Resumiendo: que también le hizo boxeador.

—No fue nada fácil: es muy pesado, algo torpe en sus movimientos y no parece poner mucho interés. Pero después de una exhibición en Buenos Aires y salir en los papeles, los periodistas de allí empezaron a hablar de

Cruz Osma como de una buena promesa.

—Bien: ya me hablará otro día de esos primeros combares. Por hoy ya tengo material de sobras.

—Es que... Tengo que contarle algo más, Arthur.

—Usted dirá, Amado.

—Es... es un asunto personal, amigo.

—Suéltelo —le invitó el joven periodista.

—Es la cuestión del tanto por ciento, ¿sabe? Verá... Cuando llegué a este país con mi pupilo, descubrí que el negocio del boxeo está herméticamente cerrado a los extraños. Si no tiene usted un socio que, como ustedes dicen, esté en el intríngulis, no entra usted. Conocí a Gigi Dullio en el gimnasio y, por su manera de hablar, me pareció un gran empresario.

Al oír aquello y volver a escuchar aquel nombre, Arthur Pem sonrió, pero nada comentó sobre ello, dando lugar a que el chileno Amado Sánchez siguiera:

—Así que le vendí el 50 por ciento de Cruz Osma por 2.500 dólares, entre otras cosas porque el chico y yo necesitábamos dinero. Pero una semana después, me quedé de un aire al saber que Gigi Dullio había vendido al señor Bronsky el 40 por ciento del 50 que le cedí por 3.500 dólares.

—Normal en un tipo como Gigi Dullio, amigo.

—Luego, el señor Bronsky me hizo llamar para decirme que solamente él puede llevar a Cruz Osma al Madison Square Garden. Y me ofreció comprar otro 40 por ciento de mi pupilo también por 3.500 dólares. Pero usted me perdonará si le digo que no fue exactamente un... un ofrecimiento.

Arthur Pem le animó a seguir, en vista de que aquel hombre parecía mostrarse asustado y recelosamente miraba a todas partes, por si volvía el dueño de la finca.

—Me dijo que si no le vendía ese 40 por ciento, podía volverme a Chile, o a la Argentina. ¡Que no habría peleas para nosotros!

—Mire, Amado; por aquí, y sobre todo en el mundo del boxeo, las cosas suelen ser así.

—Pero eso me pone en una situación difícil. Con todo lo que he trabajado, resulta que entre unos y otros me dejan solo con un diez por ciento. Y tenga en cuenta que, de ese diez, he prometido pagar la mitad a mí amigo Lupe Morales.

Cabizbajo terminó argumentando:

—Cierto que no vine solo por el cochino dinero, pero, de todos modos, esto es una gran desilusión para mí.

—Le comprendo.

Mientras le seguía contando más cosas y detalles de aquellas

«negociaciones», Arthur Pem empezó a recorrer mentalmente la lista de los «accionistas» que sobre las posibles ganancias de Cruz Osma se iban acumulando: ochenta por ciento de la parte de los empresarios para Gary Bronsky, un diez para el entrenador León Bass, diez para el bribón de Gigi Dullio, un cinco para él —prometido por Gary Bronsky—, un cinco para Amado Sánchez y cinco más para su amigo argentino Lupe Morales, sumaban 115 por ciento.

Un poco «complicado», pensó.

Claro que cuando se entraba en tratos con Gary Bronsky, las cuentas solo salían claras para él.

Tuvo que dejar de pensar y hacer cálculos, porque tocándole el brazo el chileno le dijo:

—Tal vez si usted hablase con el señor Bronsky, me haría el favor de aumentar un poco mi participación. Al fin y al cabo, la idea de ponerle los guantes a Cruz Osma, fue mía.

—Por supuesto, Amado.

—He sido yo el que le ha traído a este país. ¡El señor Bronsky debería sentirse agradecido!

Aquello sí que le sorprendió al periodista, que repitió:

—¿Agradecimiento dice, amigo? ¡De ningún modo! Utilidad es una palabra que Gary Bronsky comprende, pero agradecimiento es demasiado abstracta para él.

Amado Sánchez movió la cabeza con aire de penosa perplejidad. Aquel pobre hombre se encontraba a más de 7.000 kilómetros de su tierra y con tan solo un mísero cinco por ciento de un sueño.

Un sueño que se llamaba Cruz Osma.

## CAPÍTULO IV

Cuando uno veía a Cruz Osma por primera vez, lo encontraba tan grande y macizo que tenía que enfocarlo por partes.

En la primera ojeada no revelaba rasgos fisonómicos, porque solo daba la impresión de un enorme volumen, de una cosa enorme, grande, descomunal. Luego, cuando aquella tarde Gary Bronsky se lo presentó a Arthur Pem, el alto periodista hizo un esfuerzo para mirarle a la cara que se elevaba a un buen palmo por encima de él.

Aquel musculado gigante se conducía como un animal del campo, un toro o un caballo, al cual hubieran echado repentinamente un lazo para meterlo en la casa. Pero cuando el joven Cruz Osma vio a su amigo chileno Amado Sánchez, pareció recobrar la tranquilidad y hasta sonrió.

Por su parte, el empresario chileno también saludó feliz:

—¡Hola, Cruz!

Los dos se abrazaron y Arthur Pem temió que le rompería las costillas, hasta que Amado le mostró a los presentes mirando a su pupilo con una intensidad seguida de ligera pausa que le hizo recordar el modo que tienen los domadores de llamar la atención a sus animales, antes de darles una orden, al indicar:

—Dale la mano al señor Pem.

Aquel mocetón pareció vacilar unos segundos, lo mismo que hacen los animales en el circo, para al fin obedecer. Arthur Pem temió que metería su mano en una máquina de picar carne, pero Cruz Osma no se la estrechó muy fuerte: le dio la sensación de que aquel hombrón no se sentía muy seguro de él mismo.

—Tanto gusto —manifestó el periodista, en el español aprendido durante unas vacaciones en México.

Cruz Osma se limitó a sonreírle, inclinando la cabeza, posiblemente sorprendido de que le hablasen en su idioma. Luego clavó los ojos nuevamente en el chileno Amado Sánchez, como si esperase la orden siguiente.

Llevándole unos pasos más allá, Gary Bronsky le preguntó en voz baja al periodista:

—¿Qué te parece, Arthur?

—¡Pisch!

—¿Crees que tendremos que alquilarlo por pisos, como si fuese un rascacielos?

El dueño de la finca no tenía mucha gracia haciendo chistes, pero

Arthur Pem le sonrió. No estaba dispuesto a someterse del todo a un hombre así, pero tampoco debía mostrarse grosero con él.

Un camarero se acercó con las bebidas, pero Arthur Pem rechazó. Había decidido dejar de beber, para extrañeza del dueño de la casa, que comentó:

—¿Ni un Martini, Arthur?

—¡Nada...! Solo agua mineral. He comprobado que beber no conduce a nada bueno, señor Bronsky.

—De acuerdo, chico... ¿Y qué? ¿Te ha dado Amado alguna idea?

—Me estuvo contando cómo encontró a ese gigantón. Es una historia bastante pintoresca.

—¿Podremos sacarle partido?

—Sí... ¡Bastante! Lo arreglaré un poco con algunas pinceladas maestras.

—Tú sabes hacer eso, Arthur. ¡Eres un artista!

—Luego ya escribiré algunos artículos sobre él.

—¡Estupendo! Toda la propaganda posible. Tú conoces el negocio de los puñetazos tan bien como yo. Es un espectáculo con sangre, con fuerza. Mi experiencia me dice que los mozos que llenan los locales, no son precisamente los mejores pugilistas. Son los tipos de más carácter. Y desde luego hace falta planta. ¡Muy buena planta, con músculos como melones!

—Para empezar, tendremos que cambiarle el nombre.

—¿No te gusta eso de Cruz Osma?

—No, señor Bronsky; no suena a boxeador.

—Piensa, Arthur. ¡Piensa algo bueno, muchacho!

—¿Qué le parece el «Sansón de los Andes»?

—¡Hombre! No está mal. Suena bien.

—Eso pegará algo con donde lo encontró Amado, en las montañas. ¡En los Andes!

—Tienes cerebro, Arthur. ¡Lo dije! Ya empezamos a ganar dinero... ¡Me gusta eso del «Sansón de los Andes»!

—Señor Bronsky...

—Dime, muchacho.

—Usted se tendrá que ocupar de colocar mis artículos. Me dieron el pasaporte en el *Chicago Sun Times* —confesó Arthur Pem.

—¡Lo sé...! Pero por eso no te preocupes. Tengo buenos amigos en toda la prensa. ¡Se publicarán!

—Otra cosa: me gustaría ver a ese mozo con los guantes calzados, para contar cómo se mueve.

—Eso está hecho; mañana le veremos en el gimnasio de Sullivan.

* * *

Al día siguiente, Arthur Pem se encontraba sentado en la tercera fila de asientos para espectadores del gimnasio de Sullivan, local en el que practicaban y entrenaban la mayoría de los pugilistas que actuaban en Nueva York.

El entrenador León Bass iba a hacer pelear a Cruz Osma un par de asaltos de ensayo con el veterano John Pikes. Aquel hombre de color había sido un boxeador bastante bueno, aunque ya solo se dedicaba a contratarse para entrenar a otros profesionales: John Pikes exponía a los golpes su negro corpachón y su muy golpeada simpaticona cara, a cinco dólares por asalto.

Había hombres para los entrenamientos más baratos, pero el buen veterano John Pikes, siempre amable y sonriente, era lo que se podía decir un honrado «trabajador»; sabía adaptarse a cualquier estilo de pelear que se le pidiese, al tiempo de ser capaz aún de soportar una buena paliza, mostrándose hábil e inteligente.

Cruz Osma tuvo que agachar la cabeza para entrar por la puerta del cuarto donde su entrenador le puso los guantes. Por lo general, los muchachos que entrenaban en el gimnasio solían estar demasiado absortos en sus ejercicios, como para distraerse en lanzar una ojeada ni siquiera cuando por allí llegaban las figuras dominantes del boxeo. Pero cuando llegó el gigante chileno toda actividad se interrumpió durante unos segundos.

Vestido, Cruz Osma alcanzaba proporciones elefantinas: pero vestido con ropa de gimnasio, la masa enorme de su cuerpo se moldeaba en una forma inmensa.

Los hombros, que salían de su grueso cuello musculoso, tenían casi un metro de anchura, y el cuerpo se abusaba vivamente hasta llegar a una cintura magra y firme. Tenía las piernas macizas con pantorrillas tremendamente desarrolladas, y de los brazos le sobresalían unos bíceps como melones.

León Bass y el doctor Shields, el médico que también comía el pan de Gary Bronsky, lo prepararon para el cuadrilátero. Le sujetaron al cuello el pesado capacete de cuero que guarda las orejas, el mentón y las partes vulnerables del cerebro del pugilista. Le ajustaron a los dientes el duro y rojo protector de caucho. Calzados los grandes guantes de 16 onzas que se usan para entrenamiento y así le hicieron subir al cuadrilátero.

León Bass le dio instrucciones al negro John Pikes sobre cómo quería verle combatir a Cruz Osma, hablándole sobre los diversos puntos de su estilo que quería probar. Arthur Pem vio cómo el *sparring* asentía con la cabeza sin dejar de sonreír, siempre jovial y complaciente.

Sonó la campana y John Pikes tanteó, casi amablemente, a Cruz Osma. Lanzó el joven chileno su largo brazo izquierdo, de la manera que sin duda

le había enseñado Amado Sánchez, intentando al parecer un directo; pero el golpe no tuvo mucho brío. El negro dio vueltas alrededor del gigante chileno, presentándole oportunidades, pero manteniéndose al mismo tiempo fuera de su alcance, mientras su rival le seguía desmañadamente, lanzando sus puños, pero sin conectar buenos golpes con ellos.

Al fin, John Pikes lanzó un gancho de izquierda: alcanzó a Cruz Osma en la boca del estómago limpiamente: el gigante refunfuñó y se enredó en un cuerpo a cuerpo desmañado.

El segundo asalto no fue mejor para el chileno. Un momento antes de terminar, el entrenador León Bass respondió con un gesto afirmativo a una ojeada del negro John Pikes y este llevó a Cruz Osma a un rincón del *ring*, amagó con la izquierda, le hizo bajar la guardia y le propinó un derechazo en la barbilla. El gigantón abrió mucho la boca y dobló las rodillas.

John Pikes se disponía a repetir el golpe, cuando alguien hizo sonar muy oportunamente la campana.

Cruz Osma, al parecer muy fatigado, salió pesadamente del *ring*.

Gigi Dullio también rondaba por allí y Arthur Pem le dijo, irónicamente:

—¿Y eso es lo que hiciste venir al país? Sigues tan tramposo y oportunista como siempre.

—No te metas conmigo —respondió el italiano—. Gary Bronsky es la cabeza de todo este montaje y cree que podremos ganar dinero con él.

Cuando el negro John Pikes pasó junto a ellos caminando hacia el vestuario, el periodista le preguntó:

—¿Qué opinas tú, Pikes?

—Un hombrón —dijo el negro, que jamás osaba hablar mal de nadie.

—De acuerdo, amigo. Pero... ¿Crees que algún día llegará a ser un buen púgil?

—Le diré, señor Pem... Me gustaría que siempre me contratasen para entrenarle. ¡Es una gran pera... en dulce!

—No tiene pegada, lo vi.

—Cierto, señor Pem. ¡No la tiene! O no la sabe emplear aún.

Aquella misma noche, Arthur Pem le contaba al hombre que le había contratado como «cronista oficial» de sus boxeadores, el globo hinchado que era Cruz Osma.

—Ese chico no tiene nada. ¡Absolutamente nada! Con todos esos hermosos músculos tan grandes y hermosos, no tiene pegada para cascar un huevo, señor Bronsky.

—Hombre, Arthur...

—Cualquier profesional que sepa su oficio, hasta el veterano Landu Sandoz, puede asesinar a Cruz Osma.

De cualquier manera, el elegante Gary Bronsky no se mostró nada

desanimado, poniéndose a argumentar, muy sosegado y tranquilo:

—Mira, Arthur... Tú a lo tuyo: escribe y escribe sobre él: lo que quiero es que le crees una buena reputación. Y deja de mi cuenta ponerle a la altura de la reputación que le dé tu publicidad. ¿Te vas enterando, muchacho? Y no dudes que saldrá bien el asunto.

—Pero señor Bronsky... Yo opino que...

—Tu opinión ya sabes cuál DEBE ser, Arthur.

—Pero hay unos límites, señor Bronsky. Yo puedo escribir sobre esa montaña de músculos, pero siempre que él dé algo de sí. Puedo hasta explicar un fallo que otro; pero para hacer la bola de nieve de verdad necesitaremos victorias reales, digo yo.

—Tendremos victorias reales, muchacho —replicó el promotor de boxeo.

Y aquel hombre hablaba con tanta seguridad, con tanto aplomo, que al oírle hasta Arthur Pem empezó a pensar que su creación literaria sobre «Sansón de los Andes» se haría una realidad.

No obstante, insistió:

—¿Cómo voy a crearle una buena reputación, si todo el mundo le podrá ver entrenar en el gimnasio de Sullivan?

Inteligente y sagaz, Gary Bronsky le miró fijamente al indagar:

—¿Qué me estás proponiendo con eso, Arthur?

—Que deberíamos, de momento al menos, llevárnoslo de aquí.

—¿Adónde te lo quieres llevar?

—Le diré, señor Bronsky... Tan lejos de los sabelotodos como sea posible.

—¿Y eso por qué?

—Para evitar que los cronistas deportivos que tienen autoridad no nos puedan desinflar el globo antes de tiempo.

—Está bien: elige el sitio.

—¿Qué le parece California?

Con gesto displicente Gary Bronsky dio la entrevista por terminada, pero dijo:

—Lo pensaré... ¡Ya te diré algo!

## CAPÍTULO V

Fue así como, dos días más tarde, Arthur Pem comandaba aquella pequeña expedición rumbo al otro extremo del país.

El periodista observó que el más tranquilo era Cruz Osma que, sentado día tras día junto a la ventanilla del vagón, miraba flemáticamente el paisaje sin despegar los labios.

Solo en una ocasión, cuando cruzaban los grandes pastizales del estado de Kansas, le preguntó:

—¿Qué te parece esto, Cruz?

—Grande —contestó el gigante chileno—. ¡Muy grande!

—¿Pero te gusta?

—Por ahora sí, señor Pem... Me van a hacer, entre todos ustedes, un gran campeón, ¿no es así?

—Sí, Cruz... ¡Así será!

Un día antes de llegar a San Francisco, Arthur Pem volvió a interesarse por el hombre sobre el que tenía que seguir escribiendo. Le vio sentado y apoyando sobre sus rodillas un bloc de papel, prestando gran atención a lo que dibujaba. El periodista se sentó junto a él y vio con asombro que el blanco papel lo había llenado de toscas escenas aldeanas: una casa de campo, la campana de la torre de una iglesia, una fila de caballos salvajes, una casita encaramada en la ladera de un monte...

Sospechó que aquella última casa era la que él soñaba construir cuando ganase mucho dinero, para poderse casar con su amada María, de la que le había hablado el también chileno Amado Sánchez: era como su soñada meta, su deseado «castillo» para ofrecérselo a su amada.

Pero, lo sorprendente para Arthur Pem era que aquellos dibujos no se parecían en nada a los garabatos infantiles que él se había figurado debía realizar un hombre tan primitivo como aquel. Tenían tres dimensiones perfectamente definidas y todos ellos revelaban un sentido de la forma.

Como todos los demás, Arthur Pem había dado por sentado que Cruz Osma era un retrasado mental, que había crecido excesivamente. Un cuerpo gigantesco lleno de músculos y fuerza, pero con poco cerebro.

Sabiamente, Arthur Pem había preparado la llegada. Por eso, cuando descendieron del tren, ya esperaban en la estación los fotógrafos y los periodistas deportivos, acudiendo al reclamo de las noticias que les había prometido por telégrafo.

La llegada del «Sansón de los Andes» debía ser sonada.

También se las arregló para que Cruz Osma fuese fotografiado mientras

levantaba con una de sus manos al bajito y rechonchete Amado Sánchez, al tiempo de saludar con la otra y trataba de mostrar una sonrisa en su inexpresiva jeta.

—¿Qué se trae en el buche este fantasmón? —preguntó uno de los reporteros.

Arthur Pem no permaneció en silencio y le comunicó, de forma que pudiese ser oído por todos:

—Si te larga un tortazo, vas a ver la luna, amigo. ¡Acaba de ganar el campeonato de los pesados en Chile!

—¿Ah, sí?

—Y pronto estará dispuesto para enfrentarse con cualquier boxeador del mundo. ¡Incluso al campeón!

—¿Hablas en serio, Pem?

—Esperad y lo veréis.

—¿Hay alguna posibilidad de que pelee aquí con Peck Bakus?

Arthur Pem tardó en contestar. Peck Bakus era el mejor peso pesado de la Costa del Pacífico. En toda California nadie había podido resistirlo más de seis asaltos. Pensó que si existía un hombre en el mundo que no quisieran para Cruz Osma, ese era Peck Bakus.

Y no obstante afirmó:

—Pelearemos con Peck Bakus, donde y cuando quiera.

En el fondo, su baladronada no era tan temeraria como parecía, porque estaba seguro que, por la cuenta que le convenía, el gran y poderoso Gary Bronsky amañaría aquel combate.

Dos días más tarde, ya todos bien instalados y en ocasión de asistir a un gimnasio con Cruz Osma, el astuto periodista le propuso a uno de los fotógrafos que había citado:

—Tengo una idea. Lo sentamos en el suelo y lo fotografiamos con los pies cerca de la cámara para que parezca de un kilómetro de altura.

Cruz Osma se sentó dócilmente en el suelo y las fotos se hicieron.

—¿Qué tal si ahora le ponemos en pie y lo fotografiamos desde abajo arriba? —insistió en su labor Arthur Pem—. Saldrá en perspectiva de rascacielos.

Lo pusieron en pie: Cruz Osma solo sonreía.

—Pueden hacerle ahora una gran foto de cerca, una de esas fotos deformadas.

Le ladearon la cabeza. También le retrataron con toneles de vino en los brazos —estaban vacíos, naturalmente—, aunque al pie de la foto nada se diría. Alguien tuvo la idea de que aquel gigante se colgase de la rama de un árbol.

—Como si fuese Tarzán de los monos —se justificó.

Luego vino otra foto devorando una docena de huevos fritos. Otra

mostrando su enorme puño enguantado en un primer plano, seguido del largo brazo de aquel hombrón. También haciendo guantes con el negrazo John Pikes, a quién Gary Bronsky había permitido unirse a la expedición, a propuesta de Arthur Pem.

Naturalmente, la foto se realizó en el momento en que el «Sansón de los Andes» le descargaba un terrible mazazo, golpe que había aprendido en sus lugares andinos en sus años mozos.

Aquel gran «mazazo» no era más que un primitivo voleo del brazo derecho, que cualquier profesional de tercera categoría podía parar con la izquierda y contestar con la derecha sorprendiéndole a Cruz Osma en descubierto y mal equilibrado. Pero, afortunadamente para este deporte tan «industrializado», el buen conocedor resulta raro.

La mayoría de los aficionados acuden al espectáculo por el placer primitivo de ver cómo un hombre deja sin sentido a otro, y, si se les da algo a rumiar parecido a la puñada «mazazo», se volverá al espectador de al lado y le dirán entusiasmados:

—Compadre... ¡Ahora viene el famoso «mazazo».

En aquellos días, teléfono en mano, Arthur Pem se dedicó a la tarea de «vender» su producto. Entre otras cosas, consiguió que los almacenes «Pearsons» se encargasen de equipar al «Sansón de los Andes» de pies a cabeza, naturalmente que a cambio de la publicidad que prometían hacer de tales prendas. También convino con una fábrica de muebles la construcción de una cama de gran tamaño, que fue debidamente fotografiada cuando la transportaron por el vestíbulo del hotel donde se alojaban, cuyo dueño les hizo a su vez un precio especial, por la misma publicidad que también reportó el hecho.

Buen conocedor de su «oficio», Arthur Pem convenció al director de una revista deportiva, para que publicase la información, a doble columna, de las medidas físicas del gigantesco «Sansón de los Andes». En semanas sucesivas tales medidas fueron comparadas, por especialistas e historiadores, con las del mítico Hércules, el legendario Atlas y los demás gigantes de la antigüedad, tales como el mismo Sansón.

Infatigable, Arthur Pem se llevó invitado un día al famoso cronista deportivo Hugh Matzler, almorzando con él en el lujoso «Lyman» de San Francisco, consiguiendo después de varias copas, que se interesara por su boxeador: «Sansón de los Andes» aparecería, en la portada y a todo color, anunciándose la pelea contra Bob Foreman, uno de los mejores pesos pesados de California.

Su «confidencia» encabezaba la crónica de su invitado la siguiente mañana, en calidad de primicia. Evidentemente, Bob Foreman no era tan conocido como Peck Bakus por los aficionados de California, decía el cronista Hugh Metzler; pero se trataba de uno de los más vigorosos y

curtidos grandes pesos que había peleado con los mejores en el mismo Nueva York.

Nadie podía negar que así era: el único detalle omitido era que en aquellas peleas había llevado, invariablemente, la peor parte.

Peck Bakus o Bob Foreman, el caso fue que los cronistas deportivos se entretuvieron con esta información durante semanas. Cuando la disputa dio todo lo que podía dar de sí, Arthur Pem hizo publicar un artículo interesante y a doble columna, en la que se anunciaba que el «Sansón de los Andes», el «invicto» campeón de la América del Sur, tendría como primer oponente a Peck Bakus, el formidable pugilista que gozaba de tanta fama entre los aficionados de Nueva York, el favorito de los públicos que se había visto forzado a trasladarse a California porque ningún peso pesado de calidad quería arriesgar con él su reputación.

Arthur Pem hizo algo más. Contrató a una linda y activa muchacha y la encargó que iniciase un álbum de recortes con cuantas fotos y noticias apareciesen en la prensa sobre el «Sansón de los Andes». Y lo más gracioso fue que, a medida que el libro engordaba, el periodista tenía la verdadera sensación de toda una obra realizada.

Que fuese bueno o no lo hecho por él, no le preocupaba. Llenar aquel álbum se convirtió para Arthur Pem en un fin por sí mismo, como coleccionar sellos. Llegó un momento que él mismo olvidó que seguía «hinchando un globo».

Entre el chileno Amado Sánchez y León Bass, los entrenamientos de Cruz Osma continuaban, cada vez a ritmo más creciente. El mismo Arthur Pem se sorprendió al descubrir que aquel mocetón empezaba a tener cierto parecido con un pugilista. Por lo menos ya no mostraba sobre el *ring* aquella postura rígida y desmañada. Cuando adelantaba un pie para soltar el directo, aunque todavía un tanto mecánicamente, se veía que empezaba a formarse una idea de lo que tenía que hacer.

Pero sus golpes seguían sin causar la menor impresión al negro John Pikes, e incluso cuando le alcanzaba un derechazo del chileno, el *sparring* lo resistía sin esfuerzo.

—No puede cascar un huevo —decía León Bass.

El bajito Amado Sánchez escuchó el comentario y argumentó:

—Perdone, Bass, pero... Pienso que tal vez se equivocan al cambiarle el estilo de Cruz.

León Bass se ofendió, empezando a objetar:

—Escucha bien, charlatán. Si vuelves a hablar así, haré que te pongan de patitas en la calle.

—Pero yo... yo...

—No se puede cambiar el estilo de ese gandul. ¡No se puede cambiar lo que no se tiene!

Arthur Pem tuvo que intervenir en aquella discusión.

Los dos entrenadores no se ponían de acuerdo: Amado Sánchez y León Bass eran básicamente distintos; por eso le dijo al bajito chileno:

—Hoy tengo que hablar con Jim Bay, el empresario de Peck Bakus. ¿Quiere usted venir conmigo, Amado?

—Sí, Arthur, me voy con usted. ¡Ya estoy harto de soportar desplantes e insultos! No estiman a mí muchacho ni me quieren a mí. Tal vez cambien de opinión cuando Cruz ponga fuera de combate a ese Peck Bakus.

Arthur Pem miró con cierta pena a aquel hombrecillo. No habían dicho a Amado Sánchez que Peck Bakus ya estaba comprometido a dejarse ganar. Pensaba que, cuanta menos gente se entere de estas cosas, menor es el riesgo de indiscreciones.

Tampoco Cruz Osma sabía nada: el flamante «Sansón de los Andes» debía ignorarlo todo. Por lo general, el luchador actúa de manera más convincente si cree que no hay trampa.

No fue a la estación a recibir a Jim Bay y a su formidable peso pesado Peck Bakus, porque a veces la discreción se impone a las relaciones públicas; pero fue a darles la bienvenida toda una delegación con otros periodistas incluidos. Arthur Pem había aleccionado a Jim Bay por correo aéreo sobre todo lo que tenían que hacer, declarar y comentar: por eso en un momento dado Jim Bay manifestó:

—Ese gigante no nos asusta. ¡Peck Bakus le vencerá antes del quinto asalto!

—Sí, sí —había apoyado el propio boxeador—. Cuanto más altos son, de más alto caen.

Fue por la noche, y en lugar discreto, que Arthur Pem tuvo su entrevista con Jim Bay. Hablaron de todo lo concerniente a la pelea y en un momento dado le dijo al promotor de Peck Bakus:

—¿Cómo está tu muchacho, Jim?

—Bien, bien...

—¿Ya sabe que tiene que decir a todo el mundo que está apostando su propio dinero porque va a dejar fuera de combate a «Sansón de los Andes»?

—Claro que sí, Pem.

Como promotor «oficial» del gigante chileno, Gigi Dullio estaba allí y apuntó, siempre cauto y astuto:

—Bueno, Jim; pero no le dejes entusiasmarse demasiado. Tiene que dejarse caer en el segundo asalto.

—En el segundo no —objetó Jim Bay—. Es demasiado pronto. Al público no le gusta eso.

—¡He dicho en el segundo! —insistió Gigi Dullio.

—Y yo os digo que con cosas así el público se considera defraudado.

—Poneos de acuerdo —admitió Arthur Pem.

—¡Tengo una idea mejor! —apuntó Jim Bay—. Mi gandul y el vuestro lucharan igualados hasta el décimo asalto; entonces, el vuestro acierta un buen golpe y el mío rueda por el suelo y se hace el muerto.

—¿Y eso para qué, Jim?

—De este modo ya tenemos un segundo combate. ¡El desquite!

—No me gusta —musitó Gigi Dullio.

—¿Y por qué no? Entonces, en el segundo combate, es cuando Peck Bakus se tumba en el segundo asalto. ¿Qué hay de malo en eso?

—No seas ambicioso, Jim. Cobrarás 1.000 dólares por la pelea, más otros 750 por la comedia. ¿Qué más quieres?

—Esa misma plata... ¡Pero dos veces!

—¡No!

—Pero si esto no va a perjudicar a nadie y a todos nos vendrá de perilla. Tened en cuenta que no hemos tenido una pelea desde hace tiempo. ¡Y Peck Bakus tiene cinco chicos que mantener!

—Lo siento, Jim, pero esto no es una casa de beneficencia —volvió a rechazar Gigi Dullio—. Quedamos en que tu chico se tumba en el segundo asalto.

—Tiene que ser así —intervino Arthur Pem—. Si aguanta mucho, el público verá el gigantón de trapo que es «Sansón de los Andes». ¿Comprendes, Jim?

—¡Está bien! —tuvo que aceptar Jim Bay.

Y terminada la reunión, pareció conformarse:

—De todos malos, podré pagar algo que debo, amigos.

# CAPÍTULO VI

Arthur Pem entró en el local de Abe Attell, donde se exhibían las películas de los antiguos encuentros de boxeo. Muchos viejos aficionados se reunían allí, porque por poco dinero la pantalla de televisión ofrecía, tal como anunciaba la propaganda en la entrada, «los combates del siglo».

Arthur Pem se sentó ante una mesa, en el momento que pasaban el famoso combate de Dempsey y Carpentier, la primera taquilla de un millón de dólares: el combate que inició la edad de oro del boxeo y la del alboroto y la propaganda deslumbrante.

En aquellos tiempos, un empresario astuto concibió la genial idea de que una pelea no era solamente una pugna de habilidad y fuerza muscular; era también un espectáculo dramático y, por eso, lo escenificó como tal.

En consecuencia presentó al gran Carpentier como el héroe de la guerra, contra el bruto norteamericano de Dempsey, el «cobarde» que había rehuido el servicio militar: el impávido ligero peso pesado francés contra el jaque de 91 kilos; el apuesto y «caballeroso» veterano que representaba el patriotismo, la deportividad y la destreza pugilística, contra el ceñudo haragán de tres días de barba que se había abierto camino desde la chusma de los vagabundos.

Allí estaban los 80.000 enloquecidos espectadores desgañitándose en aclamaciones a Carpentier porque Tex Rickard y sus agentes de publicidad se habían aprovechado de su moralidad simplona y les habían presentado a un «héroe» al cual aclamar, y a un «villano» sobre el cual pudieran descargar su pasajera cólera.

Tras consumir otra limonada, Arthur Pem vio en la pantalla que se habían trasladado a Filadelfia, donde ahora combatían Dempsey y el correoso y duro Tunney. Entonces era Dempsey, el pintoresco campeón que siempre daba de sí cuanto podía, hombre simpático y modesto fuera del cuadrilátero, pero furioso competidor de campanada a campanada, que se enfrentaba con el reservado, estudioso, cauto, correoso y frío y metódicamente efectivo Tunney.

Así era como se presentaba este encuentro y el «villano» de la pelea con Carpentier se había transformado en el «héroe» de Filadelfia, a quién 120.000 espectadores vitoreaban hasta enloquecer.

¡Así eran las cosas en el mundo del boxeo!

Y seguirían igual —¡o peor! —si Dios no lo remediaba.

Fue a salir, harto ya de tanta comedia, cuando Arthur Pem clavó los ojos en una cabeza rubia.

Se fijó en el bello rostro de aquella mujer y su corazón le dio un brinco.

¡Era Bessy Loy!

Su esposa...

Sorteó decidido las mesas, viendo que la bonita muchacha estaba junto a su amiga, la italiana Nadina Parluzzi. Las dos tenían sus cámaras fotográficas sobre la mesa y pensó que, con toda seguridad, habrían sido enviadas a San Francisco para cubrir los reportajes gráficos sobre el esperado combate Peck Bakus contra el «Sansón de los Andes».

Antes de llegar ante ellas Bessy Loy le vio, pero bajó sus grandes ojos azules, como en clara demostración de que persistía en su actitud de no querer saber nada de él.

Arthur Pem no frenó por eso sus pasos y al fin saludó:

—Hola...

Solo Nadina Parluzzi levantó los ojos, esbozando una sonrisa que pronto apagó, cuando vio levantarse a la amiga y decirle:

—Vámonos de aquí, Nadina... Ya vimos lo mejor.

Arthur Pem fue a sujetar por un brazo a la mujer rubia para retenerla, pero Bessy lo rehuyó: fue cuando él manifestó sordamente ofendido:

—No apesto, Bessy.

—Para mí, sí... ¡Eres el animal más inmundo que he conocido!

—Mujer...

—¿Quieres dejarnos pasar, por favor?

—Hace un siglo que no te veo.

—Nada tenemos que decirnos: nuestros abogados ya se entenderán.

—Ya no quiero el divorcio, Bessy.

—¡Qué tontería! Fuiste el primero en desear anular nuestro matrimonio.

—Compréndelo, mujer... Reaccioné así porque, de la noche a la mañana, me encontré casado... ¡Sin tan siquiera recordar que lo había hecho!

—Eso les pasa a los que beben con exceso. ¡A los borrachos!

—Ya no bebo.

—Mejor para ti... ¿Nos dejas pasar? Tenemos prisa.

Arthur Pem deseó buscar colaboración en la otra mujer y mirando a Nadina Parluzzi se interesó:

—¿Os han enviado para lo del combate?

—Sí, Arthur: y tú nos podrías permitir que sacásemos unas fotos en exclusiva de ese gigante y...

—Por mí, encantado, Nadina.

Pero ni por esas. Bessy Loy insistió:

—¡Vámonos, Nadina! Con ciertos tipos es mejor no mezclarse.

¿Qué hacía? No podía retenerla a la fuerza allí. El local estaba lleno de gente y un escándalo más en su vida...

Vio cómo las dos mujeres se alejaban y se resignó.

* * *

La víspera del gran combate de boxeo, Arthur Pem fue a recibir a Gary Bronsky y a su esposa Elenor, que llegaban en el tren de lujo llamado «The Super Chief», tal como correspondía a la categoría del famoso y rico promotor de boxeo.

Sobre todo en los últimos años, el elegante Gary Bronsky solo se codeaba con la gente importante.

Les llevó en su coche a los barrios distinguidos de la ciudad, dónde está en Hotel Beverly Hills, en el cual Gary Bronsky había reservado alojamiento desde Nueva York, almorzando los tres junto a la gran piscina.

Muy fino y obsequioso, el promotor de boxeo, sonriéndole a su esposa, comentó:

—Hace años le venía prometiendo a Elenor que haríamos este viaje. Y yo siempre cumplo mi palabra, ¿verdad, nenita?

—Siempre, mi amor —confirmó la mujer.

Arthur Pem se fijó que Elenor era de esas mujeres que corresponden a la noche y nunca parecen completamente sanas a la luz del día. Pero si existía algo que excitase la admiración de Gary Bronsky, eso era la distinción, a la que él llamaba «categoría». Y probablemente su máximo error en la selección de «categoría» fue de tipo doméstico, consistiendo en elegir a Elenor por esposa.

Se decía —y era verdad— que cuando Gary Bronsky empezó en el mundo de los «negocios» y consiguió ganar el primer millón, ocupó treinta veces la misma butaca en el teatro donde George White representaba la gran revista «Mujeres Desnudas», y la ocupó solamente porque la sensacional Elenor formaba parte del coro.

En cierta forma, la superioridad de Elenor sobre sus compañeras consistía en la apacible serenidad de su belleza, más propia de una dama joven a quién se podía conocer en un baile de sociedad, que de una corista participante en una exhibición de piernas en Broadway. Aquella exuberante mujer también tenía modales reposados y algo altivos, que estaban muy a tono con la belleza de su rostro, siempre maquillado.

En un momento dado del almuerzo, Elenor comentó:

—Debió traer a su gigante, señor Pem. Me gustaría conocerle personalmente.

—¡Bah! Es solo un bruto —manifestó Gary Bronsky—. No tiene ninguna categoría.

—Pues ahora está muy elegante, con sus trajes nuevos —dijo el periodista.

Empezaba a sentirse molesto por la forma de mirarle de aquella

elegante mujer. Lo hacía como con aire posesivo, dejando caer sus párpados con las largas y rizadas pestañas postizas, como si le enviase un mudo mensaje de prometedoras caricias.

Arthur Pem pensó que si Gary Bronsky se daba cuenta de aquello ya podía considerarse despedido.

Eso, si el patrón no le enviaba a alguno de sus gorilas, para que le dieran una buena paliza...

¡O un balazo en la frente! que sería lo peor.

Pero Gary Bronsky sonrió, felicitándole:

—Lo estás haciendo muy bien, Arthur. Tu último artículo sobre el «Sansón de los Andes» es estupendo.

Luego miró a la mujer y añadió:

—Te lo dije, Elenor. ¡Este chico sabe! ¡Tiene categoría! Y el gigantón de Cruz Osma es un cheque en blanco.

Después de los postres, Gary Bronsky sacó puros y al ofrecerle uno al periodista ponderó, muy satisfecho:

—Especialmente hechos para mí en La Habana, muchacho. ¡A dos cincuenta cada uno! ¿Quieres otro, Arthur?

—No, no, gracias, señor Bronsky. Con este tendré más que suficiente.

—¿No sabes, Elenor? Arthur se nos está haciendo un puritano.

—No parece ningún puritano —sonrió la mujer, con pícara sonrisa al clavar sus ansiosos ojos en Arthur Pem—. Más bien diría que el señor Pem es un conquistador...

—Por favor, señora Bronsky...

—Puede llamarme Elenor, amigo Arthur. A fin de cuentas, ¿no es socio de mi marido?

Algo picado, Gary Bronsky se apresuró a puntualizar:

—Socio no, cariño: es uno de mis... empleados.

—Solo eso, señora; su marido dice bien... Solo un periodista a sueldo.

De pronto, Arthur Pem quedó muy serio, rígido sobre la silla, poniéndose a chupar y chupar del enorme habano que le habían ofrecido.

«Algo» cálido y tibio estaba tocando su pie y su pantorrilla, ascendiendo y trepando por la pierna bajo la pernera de os pantalones.

Era el piececito de la insinuante Elenor quien, con carita de no haber roto un plato en toda su vida, jugueteaba con él bajo la mesa.

El elegante Gary Bronsky nunca iba armado. Él consideraba que era un hombre con mucha «categoría» como para ir cargado con una pistola. Para eso tenía a sus gorilas, a sus ayudantes y guardaespaldas.

Y Arthur Pem pensó, con terror, que si alguno de aquellos «amigos» del patrón también vigilaba cerca de allí, le podían descerrajar un tiro por las maniobras que no cesaban bajo la mesa que los tres ocupaban.

Decididamente, la elegante y sofisticada Elenor, era una vulgar zorra...

¡Además de atrevida!

# CAPÍTULO VII

Era la noche de la velada.

Peck Bakus avanzó por el pasillo, junto a Jim Bay que le iba palmeando las recias espaldas, aún cubiertas con la bata de seda con el nombre del boxeador bordado en oro.

Cuando le tocó el turno al «Sansón de los Andes», la banda empezó a tocar *La marcha del rey de la montaña*: era la señal para la llegada del boxeador chileno al *ring*, uno de los golpes de efecto que Arthur Pem había ideado para con tribuir al mayor lucimiento del espectáculo.

Abarrotando el local, el público correspondió aplaudiendo con vivo entusiasmo.

Cruz Osma parecía algo aturdido y llevaba una bata de seda blanca, con una pequeña bandera chilena en un hombro, y escrito con grandes caracteres en la espalda: «Sansón de los Andes».

Cuando llegó al entablado del cuadrilátero el coloso no trepó entre las cuerdas, como es lo corriente en todos los boxeadores, sino que pasó por encima de las cuerdas más altas, también por indicación de Arthur Pem.

Los aplausos volvieron a tronar.

El público ya estaba dispuesto a otorgarle sus simpatías.

Al sonar la campana, Peck Bakus salió de su esquina como si fuese a hacer picadillo a su rival, enredándose ferozmente en un cuerpo a cuerpo interminable. En realidad, los dos pasaron el asalto dándose empujones, tirones y zarpazos.

Toda la violencia desatada de Peck Bakus estaba en los gestos que se esforzaba en hacer con la cara y en los agresivos resoplidos que lanzaba por su reventada y chata nariz. Su rival se movía pesadamente, procurando conectar algún que otro puñetazo ocasional, disparando de cuando en cuando su desmañado mazazo que más tarde le haría famoso.

En el segundo *round* pelearon el primer minuto y, entonces, el «Sansón de los Andes» aplicó el guante derecho al pecho de Peck Bakus: el «guarro» de Jim Bay cayó lentamente a la lona donde se tendió cómodamente.

Cuando el árbitro terminó la cuenta de diez, entonces hizo un débil movimiento como para incorporarse, hasta que volvió a desplomarse. Su rival pareció muy sorprendido y se escucharon algunas protestas de los aficionados más entendidos y observadores: pero el público en general daba muestras de satisfacción, por haber presenciado una puesta fuera de combate rápida y decisiva.

¡Eso siempre gusta! Se aplaude.

Cuando Arthur Pem abandonó su butaca y procuró abrirse camino hacia los vestuarios, pudo escuchar frases como esta:

—¡Qué gigante! ¡Debe tener la fuerza de una mula!

—¡Y qué cuerpo tiene el gachó!

—A un tipo así no le debe hacer mella ni un martillo pilón.

—¡Vaya «mazazo» que le arreó!

El primero que se abrazó a Arthur Pem fue el feliz Amado Sánchez, mientras le gritaba:

—¡Ha ganado! ¡Ha ganado mi chico!

—Cálmese, Amado, por favor.

—Ya les decía yo que era muy bueno. ¡Será campeón!

Cruz Osma también parecía mostrarse contento de sí mismo, aunque como poco sabía en inglés, se limitó a decir:

—Le pegué y se cayó... Le pegué y se cayó.

Poco después todos estaban en la fiesta de Ben Cross, un exgigolo italiano transformado en astro de cine, casi siempre rodeado de las mujeres más hermosas de Hollywood.

Las fiestas de aquel arribista eran la última palabra en alegres reuniones y algunos de sus invitados terminaron en la piscina, con ropa y todo. Allí todo funcionaba estupendamente, con iluminación sin sombras, mayordomo, criados y camareros serviciales por todas partes, orquesta y muchas celebridades.

Ben Cross sabía cómo ir escalando la cúspide de la fama. Naturalmente, astros, estrellas, personalidades y periodistas se agolparon en torno al aturdido vencedor. En aquel ambiente, el «Sansón de los Andes» parecía asombrado y perplejo, sin saber ni dónde poner sus enormes manazas.

Una estrella de rostro angelical, conocida por los delicados papeles de dama distinguida que le encomendaban los directores cinematográficos, le dirigía sonrisitas insinuantes por encima del vaso. No paró hasta evolucionar astutamente y colgarse del brazo de Cruz Osma, que parecía temer que aquella vampiresa se lo pudiera comer.

Arthur Pem se fijó que, a su rescate, se apresuró a ir Elenor, la esposa de Gary Bronsky, quien a su vez también se lo estaba pasando en grande.

A los pocos minutos, Elenor y el gigante chileno ya estaban bailando juntos. En verdad que hacían una pareja estupenda: ella lucía un lindo y vaporoso traje inmaculado de satén blanco, con generoso escote y la espalda también descubierta. Pero pronto desaparecieron por el fondo del cuidado jardín, donde otras parejas también se entregaban a transmitirse sus ardores.

También evolucionando con sabia estrategia, Arthur Pem se escabulló para salir en busca de Elenor y el chileno. No quería problemas con Gary

Bronsky, después de haber trabajado tanto. Los encontró muy amartelados bajo un árbol, pero al instante, separándose del hombrón, Elenor manifestó mientras arreglaba sus cabellos:

—Nos estamos divirtiendo como locos, querido Arthur. Yo le hablo en inglés y él me contesta en español.

—Señora Bronsky, debería ser más prudente. Su marido...

—¡Al diablo con él! —no le dejó terminar—. Solo le interesan los negocios y el dinero. ¿Es que no puedo divertirme un poco?

—Me va a enseñar inglés —dijo Cruz Osma.

—Estupendo, chico; pero no te olvides que las lecciones de León Bass son más importantes para ti. ¡Hoy estuviste fatal!

—¿No le gustó mi pelea?

—No, Cruz, no. ¡Aún tendrás que aprender mucho! Y una de esas cosas es que estos festejos no son para ti.

—¿Debo irme, señor Pem?

—Sí, Cruz: el doctor Shields ya te está buscando.

Al quedar solos, la mujer sonrió opinando:

—Eres muy astuto, Arthur. ¡No sabía que estabas celoso!

—¿Yo celoso, señora?

—Ven aquí. ¡Te prefiero a ese pedazo de animal!

Y se lanzó al cuello del joven periodista, con la voracidad de una ninfómana buscándole los labios con los suyos.

Inicialmente, Arthur Pem intentó resistirse. Pero era un hombre joven, lleno de vigor y, a fin de cuentas, Elenor una mujer hermosa y muy persuasiva.

Al fondo, la orquesta seguía tocando y todos se divertían...

* * *

La segunda pelea del «Sansón de los Andes» fue en San Diego.

Gigi Dullio había encontrado a un peso pesado llamado Velázquez, medio mexicano, pugilista local de mediocridad reconocida, pero que había ido venciendo en aquel puerto a todos sus rivales. Por 500 dólares Velázquez había convenido derrumbarse en el tercer asalto.

Velázquez era un ex marinero alto, de piernas y brazos muy largos y, con gran sorpresa de todos los que estaban en el «ajo», empezó a pelear de verdad desde el primer asalto. Y eso hasta tal punto que, unos segundos antes de terminar el tercer *round*, alcanzó a «Sansón de los Andes» con un derechazo en la barbilla que le hizo doblar las rodillas: si el doctor Shields no hubiera saltado entre las cuerdas al sonar la campana, también habría caído como un ídolo de barro.

Nervioso, muy excitado, Gigi Dullio se puso a preguntar:

—¿Qué hace ese loco? Velázquez quedó en que...

—Tal vez solo pretenda quedar bien —opinó Arthur Pem—. Sin saber lo poquito que puede resistir Cruz.

—Pues hay que avisarle, Arthur. ¡Muévete, chico!

—¡Ah, no, Gigi! Yo estoy aquí para escribir y todo eso de las relaciones públicas, amigo. ¡Es cosa tuya!

—¡Maldita sea! He apostado mucho. Y si alguien aquí nos traiciona... ¡Mañana estará muerto!

Quizá por primera vez, al oír la amenaza, Arthur Pem empezó a reconsiderar todo lo que estaba él haciendo en aquel «tinglado».

Gary Bronsky, Gigi Dullio y hasta León Bass eran hombres muy peligrosos.

Por desgracia, aquel bestia de Velázquez continuó probando fortuna. Cada vez se mostraba más peligroso, como poseído de la furia de tumbar a un gigante como el que le habían puesto delante. En el noveno asalto golpeó con la izquierda el hombro de Cruz Osma, pero aquella vez este golpeó con un gancho de derecha desde abajo que dio a su rival en plena barbilla. No le hizo mayor daño, pero le faltó el equilibrio y medio resbaló, medio cayó sobre la lona.

Ya que estaba abajo decidió aceptar el trato inicial y permitió que el árbitro empezase a contar, hasta llegar a la cuenta de diez.

El público protestó ruidosamente y la policía tuvo que intervenir, para gran asombro de Cruz Osma que se puso a indagar en español, dirigiéndose a Amado Sánchez y a Arthur Pem, porque solo ellos le podían entender:

—¿Qué pasa, señor Pem? ¿Qué ocurre? ¿Por qué gritan así?

—No te preocupes, muchacho —le tranquilizó—. Has ganado honradamente la pelea.

—Le pegué y se cayó —repitió con una sonrisa inocente en los labios.

Aquella misma noche, Amado Sánchez pidió algún dinero. Lo necesitaba y, además, Cruz Osma debía mandar algo a sus familiares en Chile. En sus funciones, Arthur Pem fue el encargado de llevarle a presencia de Gary Bronsky, quien a su vez decidió preguntándole a su sicario Martín Brake:

—¿Averiguaste cuándo sale ese barco para Valparaíso?

—Mañana, patrón —informó el pistolero.

—Pues te encargas de embarcar a este tipo —sentenció.

Amado Sánchez le miró fijamente, sin querer dar crédito a lo que había oído. Pero al poco se puso a protestar:

—No, no... ¡No me volveré, señor Bronsky! No pueden hacerme eso. Cruz y yo somos uno y me quedaré aquí con él.

Arthur Pem adivinó la tormenta, cuando vio el gesto en el rostro del «gran patrón». Sonreía, pero por dentro empezaba a enfadarse.

—Cruz y yo hemos venido juntos —siguió argumentando el chileno

bajito y rechoncho— y seguiremos juntos, señor. ¡O él se volverá conmigo!

Fue cuando Gary Bronsky se puso a gritar:

—¡No es eso lo que va a pasar, imbécil! Ahora ese chico nos pertenece a Gigi Dullio y a mí. Si quieres, puedes llevarte tu cinco por ciento. ¡Pero el 95 por ciento queda aquí, con nosotros!

—¡No acepto, señor! El chico es mío. ¡Yo le descubrí! No pueden echarme de esta manera. Me quedaré aquí... ¡Lucharé! ¡Buscaré abogados!

—No seas estúpido, hombrecito. Tu visado vence la semana que viene. Y no te lo renovaré, porque ya no nos hace falta. Mi socio Gigi ya se lo ha explicado a un amigo que tiene en la Secretaria de Estado, así que solo obtendremos la renovación por el muchacho.

Aún se acercó más al atónito Amado Sánchez y añadió, agitando su dedo índice ante las narices del hombrecillo:

—Pero voy a decirte lo que estoy dispuesto a hacer por ti. Te adelantaré los 5.000 a cuenta de tu tanto por ciento. Te daré todos esos dólares en billetes, pero cuando ya estés embarcado.

—Pero...

—¡Y eso con una condición! —le atajó—. Tendrás que convencer a ese bestia que quieres que se quede aquí, con nosotros y que nos cuidaremos bien de él.

—Cruz no aceptará.

Pero las protestas de Amado Sánchez ya eran más débiles. La alusión a su visado para poder seguir en el país le habían hecho perder las ganas de pelea: se sentía apabullado, como atrapado por la astucia y la energía de Gary Bronsky, quien remachó cada vez más serio:

—¡O eso o nada! Arthur te acompañará en tu entrevista con el chico. Así sabré a qué atenerme.

Acosado, el hombre volvió los ojos hacia el periodista. En sus pupilas ahora se adivinaba que sus recelos y desconfianzas también se trasladaban a Arthur Pem: ya no erar, amigos, como antes. Tampoco podría confiar en aquel hombre.

Molesto, Arthur Pem se puso a mirar el brillo de sus zapatos. Deseaba consolar a aquel hombrecillo, decirle muchas cosas, excusarse, pero entonces... ¿adónde iría a parar su cinco por ciento? ¿No perdería también lo que Gary Bronsky le daba cada semana, a cuenta de los beneficios finales?

—Acompáñale, Arthur —decidió el «gran patrón»—. Y ya sabes: le ayudas a convencer a esa montaña de músculos.

La obligada charla con Cruz Osma también resultó dolorosa para Arthur Pem. Aquel gigante no pareció entenderles al principio, hasta que se puso a gimotear como un niño:

—No, no... No me puedes dejar, Amado. ¡Eres mi amigo! No me gusta

esta gente, excepto un poco el señor Pem. Si te vas... ¡Yo me voy contigo!

—No puede ser, Cruz... ¡Ahora perteneces a esos hombres! —dijo el chileno bajito.

El rostro del gigante mostraba su confusión. El desconocía todo aquello de los tantos por ciento y los tratos de Amado Sánchez, Gigi Dullio y Gary Bronsky. Solo acertó a preguntar, alarmado:

—¿Qué les pertenezco? Pero... ¿por qué pertenezco a esos hombres?

—Porque les vendí tu contrato, Cruz.

—¿Tú... tú me vendiste, amigo? ¿Y por qué hiciste eso, Amado?

—¡Por Dios, muchacho! ¿Es que no lo entiendes? Yo no tenía la influencia necesaria para meterte dónde está el dinero, chico. ¡Así llegarás a pelear en el Madison Square Garden...! ¡Tal vez llegues a campeón! Todo esto lo hice por ti, Cruz.

La sospecha empequeñeció los ojos del gigante, que, ahora con rabia, se puso a acusar:

—¡Tú me vendiste! ¡Y ahora me abandonas!

Arthur Pem tuvo que intervenir oportunamente. Temía una reacción violenta y a su vez se puso a «razonar» para convencer a Cruz Osma, que se puso a mirarle como si le viese por primera vez. En aquellos ojos nobles e inocentes, se adivinaban muchas cosas: el desengaño, el dolor, la desilusión, la rabia contenida, la cólera...

Al fin sacudió la cabeza con cierto aire de lástima por él mismo. Se sentía profundamente abrumado, sin encontrar palabras para manifestar lo que sentía. Por eso guardó silencio y al fin se retiró a su habitación, para ponerse a mirar por la ventana al vacío.

Cuando Amado Sánchez extendió su mano al periodista Arthur Pem se sintió tan culpable como el mismo Gary Bronsky. Y solo acertó a afirmar con la cabeza cuando pidió:

—Cuídele, Arthur... Ahora se siente como un animal herido, traicionado. ¡Pero yo sé que usted es una buena persona!

¿Buena persona?

Arthur Pem se sentía lo contrario.

¡Estaba sucio! ¡Muy sucio también!

# CAPÍTULO VIII

Para en parte consolar a Cruz Osma, el astuto Gigi Dullio se puso a explicarle que aún no se podían repartir los beneficios, hasta que el contable de Gary Bronsky calculase la parte líquida que le correspondía, después de deducir los gastos y las comisiones de los empresarios.

—Pero para que veas que te tratamos bien —añadió—, ahí tienes quinientos dólares. Y siempre que necesites dinero, no tienes más que pedírmelo, muchacho.

Arthur Pem se encargó personalmente, a petición del propio interesado, de enviar la mitad de aquel dinero a Peñas Grandes, para que la familia de Cruz Osma se aliviase. También les añadió unas líneas, más que dictadas por el gigante aventadas por él, no dejando de consignar que deseaba que María se uniese a él.

Poco después, en Texas hicieron papilla a toda prisa a un tipo llamado Orland Mitch, pero más conocido como «Tijeras» en el ambiente pugilístico. En el tercer asalto su entrenador lanzó la toalla y días más tarde sucedía lo mismo en Oakland, donde el público se irritó mucho y la policía tuvo que intervenir, para protegerlos cuando se retiraban hacia los vestuarios.

En Las Vegas tenían una cita con un indio de pura sangre conocido por «Águila Negra», casi tan alto y fuerte como el mismo «Sansón de los Andes». Arthur Pem hizo mucha propaganda de este combate y, en Nueva York, no pocos ya estaban mordiendo el anzuelo de la serie de *knockouts* que iban dejando atrás, victoria tras victoria.

Lo comprobaron así porque, hasta la Prensa Asociada le pedía 50 palabras sobre el resultado de las peleas. Eso demostraba que, hasta en los rincones más apartados del país, se interesaban por leer las reseñas de los combates del invencible «Sansón de los Andes».

La víspera del combate en Las Vegas, Gigi Dullio se puso furioso. Le habían llegado noticias de que el indio «Águila Negra» ahora rehusaba acostarse en la lona. Su entrenador argumentó que aquel indio era demasiado orgulloso para ponerse a hacer el muerto sin recibir antes una paliza que la hiciese renunciar a la victoria.

Una vez más, las decisiones del veterano Gary Bronsky resolvieron el problema. Llamó al indio y tuvo una larga conversación con él.

La noche del combate «Águila Negra» llevaba oculto en el protector de los dientes un trocito de alambre que se apoyaba en sus encías. Cada vez que «Sansón de los Andes» le pusiera la mano en la cara, el alambre le

heriría las encías y le brotaría sangre de la boca.

Al mediar el tercer asalto, aquel indio tenía la cara terriblemente ensangrentada y los espectadores se pusieron a gritar a más y mejor:

—¡Paren la pelea! ¡Paren la pelea!

El árbitro puso fin al combate y el «Sansón de los Andes: volvió a sumar un triunfo más, aquella vez por fuera de combate técnico, pero sin que el orgullo del indio «Águila Negra: dejase de quedar intacto.

—¡Este Gary es un genio! —celebró Gigi Dullio—. ¡Se las sabe todas!

Reno, Miami Beach, el mismo Washington, Chicago, Buffalo y cinco ciudades más sirvieron para que Gary Bronsky se presentase acompañado de su esposa Elenor improvisadamente en el campamento montado para los entrenamientos, muy sonriente y complacido, manifestando:

—¡Hola, Don Pulitzer! Has hecho unos trabajos de maestro, muchacho.

—Gracias, señor Bronsky.

—Desde hoy, cobrarás cuatrocientos a la semana... ¡Ya sabes! A descontar de tu cinco por ciento en las ganancias finales.

—A propósito de eso, señor Bronsky. El chico tiene que recibir más dinero.

—¿No arregla eso Gigi?

—Sí, pero le da muy poco.

—¿Para qué quiere más ese bestia? Come como un elefante, viste bien, como jamás soñó en su vida, buenos hoteles... ¡Y le estamos haciendo famoso!

—Todo eso lo sabe. Pero quiere pagarle el pasaje a su novia María.

—¿Y no le estropeará una chica junto a él?

—No creo: es un deseo que los dos tienen. ¡No se le puede negar, señor Bronsky!

—Bien, Arthur: cuídate de ello. Pero ahora, cuando ganemos unos cuantos combates más, estaremos listos para el Madison Square Garden.

—¡Va siendo hora!

—Enfrentaremos a ese animal con Moyer Stirling, dos meses después de la pelea Moyer-Ellis que va a reñirse el jueves por la noche.

—No comprendo, señor Bronsky.

—¿Por qué no, muchacho?

—Cruz Osma y Moyer Stirling son suyos los dos. ¿No es mal negocio que el uno elimine al otro?

Se rio con ganas, aunque siempre con cierta «categoría», por supuesto. Y al instante explicó:

—También esta vez he madrugado más que tú, futuro Premio Nobel. No olvides que, al menos «oficialmente» todavía, nada tengo que ver con tu invento. «Sansón de los Andes» es de Gigi Dullio, que me está sirviendo de hombre de paja, dando la cara por mí. De modo que cuando ese gigantón le

gane a Moyer Stirling, este se retira...

Guardó silencio hasta añadir:

—Cosa que de todos modos tiene ya ganas de hacer. Y será entonces cuando tú anuncies a los cuatro vientos que le he comprado a Gigi a «Sansón de los Andes». ¡Todo el contrato! ¿Estás, escritor? ¿Puede darse nada más sencillo?

—Solo una cosa, señor Bronsky.

—¡Adelante, muchacho!

—Que yo sepa, Moyer Stirling siempre ha peleado limpio.

—Hasta ahora sí. Nunca pude convencerle para hacer mi combinación con él, porque me iba ganando todas las peleas. Pero ya he tratado eso con Moyer antes de marcharme. Pierdes de vista una cosa, chico: Moyer tiene ya 35 años y lleva 16 de boxeo en los puños. Ya no tiene ilusiones sobre su carrera. Lo que quiere es un par de peleas que den dinero de verdad; lo suficiente para rascarse la panza el resto de su vida, si pone un bar o cualquier otro negocio.

Gary Bronsky encendió uno de sus puros «especiales» y resumió:

—De modo que la victoria sobre Moyer hará de «Sansón de los Andes» el adversario lógico de Ellis... Y entonces llegara al fin nuestro año de vacas gordas... Con un millón de dólares de taquilla, si jugamos bien las cartas, más. ¡Puede que mucho más!

Pareció calmar su entusiasmo y de pronto se puso a pedir:

—A otra cosa, chico. ¡Necesito un favor!

—Usted dirá, señor Bronsky.

—Tengo una reunión de negocios muy importante. Se trata de unas carreras de caballos y... Bueno: lo que quiero pedirte es que saques a mí mujer a dar una vuelta por ahí. Le enseñas la ciudad, vais a cenar... ¡Ya sabes! Que Elenor se entretenga.

—¿Por qué precisamente yo?

—¡Hombre, Arthur! Tú tienes categoría. Eres un tipo elegante que sabe hablar bien, resultas agradable, muy fino y...

—Lo siento. Recurra a León... O a Martín... O quizá a Reynols.

—¡Bah! Esos solo son patanes. Solo sirven para una cosa... ¡Y además tienen que acompañarme!

—De cualquier manera, yo...

—¡Arthur! No me hagas quedar mal, muchacho. Se lo he prometido a Elenor, para que me deje ir a esa reunión.

—¡De acuerdo, jefe!

—Gracias, muchacho. Pero tú no me tienes que llamar así. Con Gary basta. ¡Ahí van 200! ¿Tendrás bastante?

Una vez más, el orgullo de Arthur Pem se resintió.

Pero aceptó los billetes y la posibilidad de que aquella noche sucediese

lo que ya se temía.

* * *

En Denver el adversario de «Sansón de los Andes» fue un negrazo protegido de un tal Sam Blount, que según la propaganda dictada por Arthur Pem volvía al *ring* porque aseguraba estar convencido de que podría vencer a su rival.

Según unas declaraciones sensacionalistas que hizo, aseguró:

—Yo mandaré a ese «enano» a los Andes de un guantazo. ¡Volverá a tener que cuidar cabras!

Aquel negro tenía verdadero arte para hacer comedias. Se necesita verdadero talento para perder como lo hizo él aquella noche. Ninguno de los que habían luchado contra «Sansón de los Andes» había sabido poner tan de manifiesto la «superioridad» del gigante chileno. Veterano de las doce cuerdas, aquel tipo podía deducir del modo de mover los hombros y asentar los pies su rival, de dónde le iban a venir los golpes.

Lo único que tenía que hacer era salir al encuentro de los porrazos en vez de evitarlos como de ordinario se hace. La fuerza de su cuerpo negro como el betún al chocar con el puño del gigante producía un ruido que se oía en todo el local. Nadie que oyese el impacto podía dudar de las proezas y la fuerza de «Sansón de los Andes» como pegador.

Y encima, cuando el negro devolvía los golpes, tenía mucho cuidado de evitar la barbilla de cristal de su contrario, que tantas veces le presentaba tan tentador blanco.

En el sexto asalto, el negro expuso su estómago a una tunda especialmente sonora del chileno, permitiendo a renglón seguido que le contasen hasta diez. Cruz Osma le ayudó a volver a su esquina y, con uno de esos gestos que enloquecen a la galería, le tendió la mano deportivamente.

La propensión del noble chileno a hacer, sin darse cuenta, lo que le iba mejor a la comedia que muy pocos sabían se representaba, tenía algo de casi místico.

¡Emocionaba!

Hizo más aún: tranquilizado al ver que su rival se había recobrado rápidamente, alzó sus enormes brazos y saludó a la delirante muchedumbre que se le rendía en aplausos, bajando de un salto del cuadrilátero.

El negro le siguió con su acostumbrada desenvoltura, pero como doliéndose, aún del estómago golpeado: una sonrisa ambigua iluminaba su rostro de luna llena.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Ha sido un combate sensacional!

—¿Quién dice que «Sansón de los Andes» es un «paquete»?

Los comentarios fueron muchos y, sobre todo en aquella ocasión, «Sansón de los Andes» ganó muchos enteros. Toda la prensa local se cuidó de él, asegurándole un esplendoroso porvenir.

Cuando todo su equipo se alejó de Denver, dejaron atrás al negrazo comediante, por el buen parecer, para evitar suspicacias y malicias.

Pero dos días más tarde les dio alcance en Kansas City y fue cuando Arthur Pem le preguntó:

—Dígame, King... ¿Cómo encontró usted a «Sansón»?

—¿Le digo la verdad, míster!

—Para eso pregunto.

—Sencillamente: no tiene pegada —aseguró—. Y cuando un peso pesado es fácil de alcanzar y no puede pegar duro... ¡Malo! Tenga usted cuidado con ese gigantón, míster. ¡Mucho cuidado!

Arthur Pem pensó que el problema seguía. Por muchos entrenamientos y combates, Cruz Osma seguía siendo un ídolo de barro.

# CAPÍTULO IX

Nada más llegar a Nueva York, las cosas fueron coser y cantar.

Prácticamente, ya no tenían que seguir hinchando el globo con respecto a «Sansón de los Andes». Habían sembrado bien y ahora solo tenían que recolectar la cosecha.

Arthur Pem ya no tenía que llamar a los periodistas ni esforzarse en nada; el monstruoso volumen de Cruz Osma y el impresionante récord de «fuera de combate» que habían ido reuniendo había calado muy hondo en la increíble credulidad del público, siempre dispuesto a aplaudir a un ídolo.

Instalaron el campamento lejos de la monstruosa ciudad de los rascacielos, pero hasta allí llegaban los curiosos para ver entrenar al famoso chileno. Arthur Pem se veía obligado a controlar aquella corriente de caza-autógrafos, periodistas, fotógrafos y aficionados que aspiraban a ver, con sus propios ojos, al nuevo ídolo del boxeo.

Hasta el entrenador León Bass desbordó su entusiasmo y comentó:

—¡Le tengo a punto, amigos! Le estoy haciendo progresar mucho. Con un poco de suerte machacará a Moyer Stirling.

Por su parte, Arthur Pem pensó que, de conseguirlo, en realidad no sería ninguna proeza. En su combate con Ellis, el pobre Moyer Stirling había recibido una paliza de muerte. Terminado el combate se había desmayado en el cuarto de vestir y el médico había dictaminado:

—Derrame cerebral. Este hombre tiene que descansar una larga temporada.

Luego se extendió en sus consideraciones médicas. Moyer Stirling empezaba a pagar los muchos años que había tenido que subir al *ring*. Lo que tenía se llamaba hemorragias múltiples; pueden ser pequeñísimas, no mayores que la punta de un alfiler. Pero basta un golpecito para hacer que empiecen: hasta una emoción fuerte puede producirlas.

Pero Gary Bronsky no quiso saber nada de todo eso. Despidió al médico con cajas destempladas y al que ocupó su lugar le habló así:

—Escuche, doctor: ese hombre ha firmado un contrato. TIENE que pelear con «Sansón de los Andes». ¿Lo entiende bien?

El nuevo médico afirmó con la cabeza: le pagaban muy bien.

El elegante promotor de boxeo le dio unas palmaditas en la espalda y su última recomendación fue:

—Póngame a punto a ese gandul, ¿eh? Lo demás corre de mi cuenta.

El esperado combate entre Moyer Stirling y «Sansón de los Andes» se celebraría.

Una vez más, Gary Bronsky lo había decidido así.

* * *

Pero antes surgió otro problema.

León Bass llamó urgentemente por teléfono a Arthur Pem. Cuando el periodista acudió a la cita, el entrenador le manifestó muy excitado:

—Tienes que hablar en su lengua a ese zoquete. A ti te entiende y te escucha, Arthur.

—¿Qué pasa ahora, León?

—No entrena, no hace nada. ¡No pone interés!

—Solo está algo triste, desde la marcha de Amado Sánchez:

—¡No es solo eso! Está tonteando con la mujer del patrón.

—¿Elenor? —dijo alarmado Arthur Pem.

—¡Sí! Cuando ella viene por aquí, los dos se tiran hablando horas...

León Bass pareció frenar su lengua, pero al fin soltó:

—¡Y muchas veces ella se lo lleva en el coche! Como hoy.

—Eso ya es más grave.

—¿Solo grave? ¡Estallará la tormenta si el señor Bronsky se entera!

—Presiento que sí, pero... ¿Qué puedo hacer yo? No voy a convertirme también en la niñera de ese gigantón.

—Háblale, por favor, Arthur. Te digo que solo a ti te respeta.

—Está bien. Voy a buscarle ahora mismo.

—¿Es que sabes dónde se encuentran? No creo que se atrevan a hacer esas cosas en la misma casa del señor Bronsky y... Tienen muchos criados y alguno de ellos podría...

—No: la señora Bronsky sabe ser discreta... ¡cuando quiere! Tiene un pisito alquilado en...

Frenó la lengua: no tenía por qué darle más detalles a León Bass, que terminó opinando:

—Lo importante es que me lo traigas aquí. ¡Aunque sea por las orejas!

Una hora más tarde, como nadie contestaba, Arthur Pem se puso a dar patadas a la puerta. Uno de los vecinos del rellano asomó la jeta y se puso a protestar:

—¡Ya está bien, amigo! Si sigue con ese escándalo, avisaré a la policía.

En el interior del pisito debió oírse la amenaza, porque la puerta empezó a abrirse. El rostro inconfundible de Elenor apareció y al ver a Arthur Pem empezó a protestar:

—¿Qué diablos haces aquí?

—Déjame pasar. ¡Tengo que hablar con él!

—¿A quién te refieres, Arthur?

—No precisamente a tu marido.

—Estoy sola —aún negó la mujer.

—Déjame pasar, o sigo golpeando la puerta.

—Está bien, loco. ¡Pero tengo derecho a mí vida íntima! ¿No?

—No me vengas con esas, guapa. Demasiado la vives con unos y otros.

—No te permito que me insultes. Si le digo a Gary que me hablas así...

—¿No querrás que se entere de que recibes en este pisito, verdad?

La mujer le permitió la entrada y, sin más preámbulos, el joven periodista corrió a la habitación.

Se conocía muy bien el camino.

Cruz Osma estaba a medio vestir y, al verle, se paralizó y no supo qué decir. Por su parte, el inesperado visitante reprochó:

—¿Es esta tu forma de entrenarte?

—Espere, señor Pem. Tengo derecho a...

—No me vengas también con tus derechos a tu vida íntima, Cruz —le atajó, hablando en español.

—Yo la quiero —confesó el mocetón—. ¡Estoy enamorado de ella!

—Muy bien. ¡Estupendo! Pero da la casualidad de que Elenor es una mujer casada.

—La señora es muy lista —aún argumentó—. La señora se las arreglará para explicarle a míster Bronsky lo que ha pasado. ¡También ella me quiere!

—¡Esto es grande! —exclamó Arthur Pem—. ¿Qué se puede hacer con un tonto como tú?

—¿Tonto yo...?

—Más que eso... ¿Crees que una mujer como ella va a abandonar a un caballo ganador como Gary Bronsky, por un tipo como tú?

—¿Qué pasa conmigo, señor Pem?

—Pues que solo tienes un corpachón deseable y nada más. ¿Solo eres uno de sus caprichos!

—¡Eso no es cierto! Ella me ha dicho... La señora me ha prometido que... ¡Elenor me quiere!

—¡De acuerdo, inocentón! Te ha dicho que te quiere y te habrá prometido muchas cosas. ¡También a mí!

—¿A... a usted, señor Pem...? ¿Quiere decir que usted también... también...?

No tuvo tiempo de confirmarle nada; Elenor entró en la habitación y con los ojos llenos de cólera les gritó:

—¡Fuera! ¡Largo los dos de aquí!

—Termina de vestirte, Cruz: tengo el coche abajo.

Pero el gigante chileno no hizo caso al periodista. Sus grandes ojos inocentes no podían apartarse de la irritada mujer, a la que fue acercándose suplicante al rogar:

—No... no te enfades conmigo, Elenor... ¿Por qué me gritas ahora así?

Yo te quiero mucho y cumpliré todo lo que te he prometido. ¡Ya lo verás!

Pero la mujer reculó y volvió a bramar:

—¡Fuera y no me toques! ¡No volverás a tocarme en toda tu perra vida, fantoche!

—¿Fan... fantoche, Elenor? ¿Por qué me dices eso?

—Porque lo eres. ¡No eres otra cosa, grandullón! ¡Ni tan siquiera eres un buen boxeador! Todos esos gandules que tan orgulloso estás de haber vencido... ¡han cobrado dinero para dejarse caer, idiota!

—¡Eso no, no! —rugió a su vez Cruz Osma—. ¡No lo creo! Ahora estás disgustada y lo dices para... para... —se volvió desesperado hacia el periodista y quiso confirmar—. No es cierto, ¿verdad, señor Pem? ¡Dígame que miente, por favor!

Tener que dar aquel golpe mortal a su orgullo de hombre sencillo le pareció a Arthur Pem como el coronamiento de un crimen. Pero en aquella situación límite no quiso seguir mintiéndole más y se encontró confirmando:

—Es verdad, chico... Tus peleas fueron todas amañadas. ¡Lo siento!

Al oírle, aquel hombretón empezó a pasarse las manazas muy despacio por el rostro serio y congestionado. Las apretó contra su resignada cabeza, como si le doliese y le fuera a estallar. Hasta que dio media vuelta y salió corriendo, sin volver a mirar a la mujer.

Arthur Pem le encontró abajo, esperándole en el portal. Le indicó con mudo gesto que le siguiera al coche y lo hizo sin despegar los labios. Todo el tiempo que tardaron en llegar al campo de entrenamiento fue acurrucado en el asiento, a veces mirándose las grandes manos con ojos muy abiertos y como si a ellas les preguntase «algo».

Mientras conducía, con voz amistosa y utilizando nuevamente el español que le pareció más de amigo, Arthur Pem le fue explicando que lo habían hecho solo para ayudarle a triunfar y conseguir dinero. El dinero que necesitaba para volver a su país y poder ofrecerle una casa digna a su novia María; pero ni aun así le respondió, obstinado en su silencio.

Solo al llegar, al bajar del coche quiso saber:

—¿Y esa pelea con Moyer Stirling, señor Pem? ¿Está también amañada?

A Arthur Pem le daba tanta pena, que nuevamente mintió:

—No, chico... Esa pelea será honrada.

—¿De verdad?

—Sí, hombre, sí... De modo que si vences a Moyer Stirling, no tendrás que avergonzarte de nada, amigo.

—Usted tampoco es mi amigo —rechazó—. ¡Es como todos ellos!

—¿Por qué dices eso, muchacho?

—¡No soy un «muchacho»! ¡Soy un hombre! Tanto o más como lo

puedan ser todos ustedes... ¡Los gringos!

—¡Nadie lo duda, Cruz!

—¡Sí! Ustedes lo dudan. Los yanquis siempre tratan a los demás como si fuéramos poca cosa. ¡Pura basura!

—Tranquilízate, por favor. Y no le digas a nadie dónde te he encontrado. ¿De acuerdo? León te estaba buscando y... ¡mañana tienes que entrenar mucho!

—Lo haré, porque quiero ganar esa pelea contra Moyer Stirling, señor Pem. Quiero demostrarles a todos que no soy un hazmerreír. ¡No, nunca más se amañarán mis peleas! Esta vez ninguno de ustedes podrá reírse detrás de mí.

A Arthur Pem le pareció lamentable tener que seguir engañándole; pero ya se encontraba tan metido en todo aquello, que no encontraba la salida en aquel círculo de engaños y mentiras. En las presentes condiciones de ánimo, aquel bruto era capaz de hacer cualquier cosa.

Si llegaba a enterarse de que su pelea con Moyer Stirling también era un chanchullo arreglado por el poderoso Gary Bronsky, se pondría furioso y llegaría a enterarse hasta la Comisión de Boxeo. Y eso representaría el fin del chorro de dinero que esperaban ganar.

Palmeándole la ancha espalda, Arthur Pem terminó recomendándole:

—Anda, hombre: entra de una vez y que nadie se entere de lo que ha pasado. ¿Me das tu palabra?

—Yo sé la doy... ¡Pero la de usted no vale nada! ¡NADA! —sentenció, aún furioso.

Aquella noche, Arthur Pem no durmió muy satisfecho de él mismo.

Todo aquello empezaba a asquearle.

Quiso aliviarse recordando a una bella mujer rubia, que tan ardientemente se le había entregado.

¿Dónde estaría en aquellos momentos Bessy Loy?

A fin de cuentas, «oficialmente» seguía siendo su mujer.

Y ello porque él, intencionadamente, retrasaba la tarea de los abogados.

En el fondo, ¿por qué hacía también aquello?

No lo sabía con seguridad y eso era otra de las cosas que le inquietaban.

Decididamente, aquella noche no podría dormir.

# CAPÍTULO X

Una hora antes de la pelea, se sentía la creciente tensión en el vestíbulo del Garden, los compradores de las entradas a última hora, los revendedores siempre alerta, los activos tipos que cruzaban las apuestas en los postreros minutos, todo anunciaba una gran velada.

Ocho contra cinco por el «Sansón de los Andes»: cinco contra nueve por Moyer Stirling: se seguía especulando sobre las diferencias.

En su vestuario, Cruz Osma iba de un lado a otro, mostrándose inquieto y nervioso. Por lo general, en sus otras peleas, había esperado siempre el momento de salir para el cuadrilátero con la paciente complacencia de un animal de raza dispuesto a hacer su aparición en el desfile de una feria rural. Pero en aquella ocasión preguntaba a cada momento los minutos que faltaban.

Se adivinaba que en su interior se agitaba algo furioso que le estaba pidiendo acción, violencia. Cuando el entrenador León Bass le indicó que hiciese algo de sombra frente al gran espejo del fondo para empezar a calentarse, todos vieron que obedecía, pero que se ponía a atacar al imaginario oponente con una rabia y furor que no le habían conocido antes.

Entre un griterío fenomenal, Moyer Stirling fue el primero en llegar al *ring*. Desde la tercera fila, a Arthur Pem le pareció mucho más viejo que cuando le vio la última vez. Sabía que aquel auténtico profesional tendría unos 37 años, pero cualquiera le habría calculado los 45. El resplandor de las luces, hacía ver su rostro pálido, con la mirada algo ausente y algo lento en sus movimientos.

Al presentarse ante el público de Nueva York el «Sansón de los Andes», fue tremendamente ovacionado. El alto y recio cuerpo de aquel formidable gigante chileno, prometía las mayores proezas sobre un *ring*. De cualquier forma, daba la impresión de que no oía nada, ni los aplausos. Pero mantenía los ojos fijos en su rival, como si pretendiese hipnotizar en su rincón a Moyer Stirling.

¡Era su meta!

El anunciador presentó a las celebridades que acostumbraban a presenciar el espectáculo. Luego el árbitro reunió en el centro a los dos contendientes, para hacerles las recomendaciones de rigor: nada de golpes bajos, nada de golpes sucios y atentos a sus mandatos.

Los púgiles se volvieron a su esquina correspondiente, se quitaron las batas y los dos quedaron solos y listos para entrar en acción; para enfrentarse en una pelea que se adivinaba sería brutal, feroz, sensacional.

La multitud hervía de excitación nerviosa. Los murmullos y los mil comentarios crecían y, al fin, bajaron las luces del centro y el blanco cuadrilátero se destacó vivamente en la oscuridad del inmenso local.

Aquella noche, el Madison Square Garden estaba de fiesta.

Allí no cabía ni un alfiler más.

La recaudación resultaría soberbia: posiblemente un nuevo récord.

Al sonar la campana, Moyer Stirling avanzó los guantes para tocar los del «Sansón de los Andes» en rutinario gesto deportivo; pero el gigante chileno lo echó a un lado con visible desprecio y al poco se lanzó sobre él, para arrinconarlo contra las cuerdas.

Moyer Stirling pareció sorprendido: su rival estaba inclinado sobre él y sacudía los brazos lleno de creciente furia. Cuando el árbitro logró separarlos, Moyer Stirling se puso a danzar sobre las puntas de sus pies de un lado a otro, al tiempo de revolotear su izquierda punteando en el rostro del rival y disponiéndose a parar con su hábil precisión defensiva que todos esperaban de él.

Pero el gigante le empujó otra vez hasta las cuerdas sin golpearlo limpiamente, pero sí abrumándole con su tremendo peso, a veces agarrándolo con un brazo y golpeándole con el otro en la cabeza. Así fue el primer asalto, porque, al parecer, Moyer Stirling no se mostraba capaz de hacerle pelear de otro modo. Se notaba que sus movimientos eran descuidados, lentos; parecía que le faltaba la coordinación y la fuerza que en tantos combates había demostrado, a lo largo de su dilatada carrera pugilística.

«Sansón de los Andes» aún se mostró más agresivo en el segundo asalto. Aquel hombrón peleaba como un poseído, como si ansiara destruir a su rival: unos segundos antes de terminar el segundo asalto, prácticamente embistió a su contrincante, lo golpeó con ensañamiento abusando de su superioridad física y descargó pesadamente el enguantado puño en lo alto de la cabeza del excampeón.

No era, precisamente, un golpe conocido en la ciencia del boxeo, sino más bien un martilleo de arriba abajo que le hizo doblar las piernas al nombre que lo recibió. Sin ninguna piedad, Cruz Osma volvió a golpear al rival y, afortunadamente, Moyer Stirling dobló las rodillas, en el instante que sonaba la campana.

Enardecido, el numeroso público no dejaba de bramar en las gradas y a veces aplaudía.

Le estaban ofreciendo el espectáculo que le gustaba: dos hombres luchando a brazo partido, machacándose hasta la extenuación.

Al sonar nuevamente la campana, el «Sansón de los Andes» cruzó el cuadrilátero, pero su rival no se levantó, pese a haber sonado el aviso de «¡Segundos fuera!» Nuevamente el público empezó a bramar y las fuertes

voces se dejaron oír:

—¿Qué hace ese gandul?

—¿Por qué no pelea?

El árbitro no dejaba de hacer señales a los cuidadores de Moyer Stirling, quien al fin ladeó la cabeza y llevó sus puños enguantados a ella. Antes, muy torpemente, había escupido el protector y se mostraba como ausente, ajeno a todo lo que le rodeaba.

Al público no le gustó aquello y nuevamente gritó:

—¡Tongo! ¡Tongo!

—¡Esto es una farsa, señores!

El médico de la casa acudió presuroso al cuadrilátero. Los asistentes se agruparon ansiosos y al fin entre todos llevaron a Moyer Stirling por el largo pasadizo a los vestuarios, mientras sobre el *ring* el árbitro tenía que alzar el brazo del «Sansón de los Andes», proclamándole vencedor absoluto.

Al poco, los altavoces anunciaban que, según los médicos, Moyer Stirling había sufrido una hemorragia cerebral.

Naturalmente, todo el mundo se conmovió. Pero como el «circo» tenía que seguir, los periodistas se lanzaron en pos de las noticias y, rodeado por ellos, el elegante Gary Bronsky manifestó:

—Calma, amigos. ¡No hay para alarmarse! Moyer se ha levantado muchas veces del suelo. ¡Y yo estaré en su esquina siempre!

Por descontado, no mencionó que ahora también estaba en la esquina del vencedor. Muy pocos sabían que el «Sansón de los Andes» también le pertenecía.

Incluso añadió:

—Como empresario de Moyer Stirling, quiero manifestar que no culpo a su rival. «Sansón de los Andes» ha peleado limpiamente. Sencillamente, esto ha sido un desgraciado accidente. ¡El boxeo es así, señores!

Al oírle, Arthur Pem pensó que Gary Bronsky no lo estaba lamentando, sino «trabajando» para él mismo: estaba atareado resguardándose a sí mismo en un cuerpo a cuerpo. La verdad era que Moyer Stirling había sido sacrificado a la codicia humana, puesto que nunca debió pelear en las condiciones físicas en que se encontraba, hubiese o no firmado el contrato con Gary Bronsky.

Cuando se dio la noticia de que Moyer Stirling había muerto, el más impresionado se mostró Cruz Osma. Se aferró a su cabeza y llorando se puso a lamentar:

—¡He matado a un hombre! ¡Le he asesinado!

Hablaba en español y muy pocos le entendían, y menos el profundo dolor y la desesperación que sentía. Caminaba como empavorecido y alelado, como cuando la víctima de un accidente automovilístico sale en

actitud de sonámbulo de entre las ruinas de su cacharro. Arthur Pem intentó consolarle hablándole en su idioma:

—Tranquilízate, Cruz... ¡Tú no lo quisiste! Has oído que fue un accidente. ¡Moyer Stirling ya sufría esas hemorragias!

—Entonces... ¿por qué peleó conmigo? ¿Por qué le dejaron subir al *ring* así? ¿Quién lo permitió? ¿Por qué aceptó él? ¿Quién es el verdadero culpable, señor Pem? ¿No me responde usted?

Demasiadas preguntas, sobre todo para un hombre que no se sentía con la conciencia limpia.

Pero ante aquel dolor, ante aquella desesperación de un hombrón inocente y limpio, de repente Arthur Pem se encontró prometiendo:

—Ahora sí debes creer en mi palabra, buen amigo... Te prometo que no solamente tú, sino todo el mundo, sabrá en su día la contestación a tus preguntas.

—¿Qué piensa hacer, señor Pem?

—¡Escribir la verdad! ¡Contarlo todo! Ponerme a trabajar muy en serio para contarle al mundo que el llamado «deporte del boxeo», al menos en nuestro país, no es más que un sucio negocio de mala fe, cruel e insensato, que anula y defrauda a los hombres como tú, a los jóvenes púgiles para enriquecer a los *gangsters*. ¡A los canallas como Gary Bronsky y toda su pandilla!

—Pe... pero usted, señor Pem... ¡Usted es de los suyos! ¿No?

—¡Lo he sido, hasta ahora! Por eso conozco todo el trasfondo y la basura. ¡Por eso podré escribir hasta los más mínimos detalles!

—Sí... si hace una cosa así... Le... ¡le matarán, señor Pem!

—¡No me importa! Será mi «pelea»... ¡Mi verdadero combate!

—¿Por qué no se viene conmigo a mí país? No me gusta Nueva York. ¡No me gustan los «gringos», señor Pem! En Peñas Grandes se vive muy tranquilo y allí la gente suele ser amable y buena. Ríen con mucha frecuencia y aquí... ¡Aquí yo he olvidado reír, señor Pem!

—Volverás a reír, amigo. Dejaras de ser el «Sansón de los Andes», pero volverás a ser tú mismo. Excelente cosa es tener la fuerza de un gigante, pero usar de ella para aplastar a los demás, no es cosa buena.

—Nunca me había hablado así, señor Pem.

—Vamos, Cruz. Necesito que me acompañes.

—¿Adónde me lleva, señor Pem?

—Sígueme. ¡Ahora sí que vas a ganar con tus puños lo que te pertenece! ¡Lo que es tuyo!

—No... No quiero nada. ¡Solo marchar de este país!

—¡Qué tontería! Gary Bronsky no se saldrá del todo con la suya. Y además, para ese largo viaje necesitas dinero, chico. ¡Y para lo que yo pienso hacer también!

Y minutos después, conduciendo el coche, un periodista llamado Arthur Pem, que tiempo atrás había llegado a ganar un Pulitzer de Literatura, marchaba a reencontrarse con su propio destino.

Le acompañaba un amigo chileno llamado Cruz Osma...

# CAPÍTULO XI

Arthur Pem entró en las oficinas del promotor de boxeo Gary Bronsky y saludó, como siempre, a los presentes.

No le extrañó encontrarlos a todos allí.

La hora del reparto había llegado, y cada uno de ellos, esperaba su parte. Las mayores ganancias serían, ¡naturalmente! para el «Gran Bronsky». Luego vendrían Gigi Dullio, León Bass y lo que podría llamarse la «fuerza armada» de la sociedad: los pistoleros Martín Brake, Burt Reynols y Francis Lancaster, además del pagador, y alguna buena «propina» para el resto de los «oficinistas» y demás «ayudantes».

Hasta la elegante y sofisticada Elenor estaba allí.

El dueño del despacho saludó al periodista con afabilidad sonriente y animó:

—Acércate, Arthur: estamos descomponiendo el rendimiento de la pelea, muchacho.

—¿Cuánto ha sido el total bruto, señor Bronsky?

El contador alzó la vista de los libros y anunció:

—Un millón, setecientos treinta y seis mil, ochocientos cincuenta y tres dólares, con veintidós centavos.

—¡Estupendo! ¿No le parece, señor Bronsky?

—¡Pisch! No está mal. Pero ganaremos más en la próxima pelea, cuando tu «invento» se enfrente para el título con Ellis.

—No ha sido mi «invento», señor Bronsky —empezó a objetar el periodista—. La idea fue suya.

—¡Por supuesto, muchacho! Yo entiendo de estas cosas. Pero tú le diste forma con tus artículos y tus ideas.

—¿Hará campeón al chico?

—¿Y por qué no? Ellis ya está muy visto y he tratado con su empresario. Está de acuerdo en que los dos ganaremos bastante.

Permitió que el servicial Martin Brake le encendiese uno de sus aromáticos puros especiales para él, empezando a argumentar:

—Bien sabe Dios que nunca he deseado ningún mal a Moyer Stirling. Pero, bueno... tenemos que reconocer que esto que ha ocurrido no está viniéndonos nada mal. Ya habrás leído que algunos periodistas maliciosos empiezan a escribir que nuestro púgil es un «paquete», un producto prefabricado por ti y todos nosotros.

—No se puede engañar a todo el mundo, señor Bronsky.

—Pero ahora, tras haber «asesinado» a Moyer Stirling con uno de sus

«mazazos», es la mejor respuesta a esos tipos.

—Cierto, Gary —apoyó Gigi Dullio—. Eso termina con las sospechas.

—Y facilita el trabajo de Arthur.

—¿El mío, señor Bronsky?

—¡Claro, hombre! Podrás hacer más propaganda sobre ese «bestial» «mazazo». Ya sabes cómo es el público: todo el mundo irá a la pelea, para ver si «Sansón de los Andes» mata a otro.

—Sin quererlo, el pobre Moyer nos ha hecho un gran favor —reconoció «noblemente» Gigi Dullio—. Admitamos que él ya no servía para nada.

—Tanto da que esté criando hierba —dijo Gary Bronsky.

La mirada de Arthur Pem le hizo añadir, por ser hombre de «categoría»:

—Ya... ¡Ya sé que lo sientes, muchacho! Tú eres un hombre culto y con delicados sentimientos, Arthur. Crees que estoy dando saltos de gozo porque el pobre Moyer reventó. Pues nada de eso, muchacho: siempre cuidé de Moyer Stirling y le proporcioné las mejores peleas. Pero pienso que cuando sucede una cosa así... ¡Pues ya ha sucedido!

—¡Bien dicho, Gary!

—¡Tú a callar, Gigi! Estoy hablando con nuestro «cerebro» —nuevamente miró al periodista e intentó consolarle al decir—: Tenemos que seguir viviendo, Arthur. ¡Esa es mi filosofía!

Arthur Pem empezaba a sentirse asqueado. No podía seguir soportando la presencia de aquellos hampones y deseando abreviar anunció:

—He prometido a Cruz recoger su dinero y llevárselo, señor Bronsky.

—¿Por qué tanta prisa?

—No sé... Pero le hace ilusión al chico.

Gary Bronsky dejó de lanzar bocanadas de humo al techo para indicar al contable:

—Mira eso, Buck... ¿Cuánto le toca?

El contador se puso a pasar y pasar hojas, hasta que anunció con solemnidad:

—Pues... ¡Unos 63.000 dólares, señor Bronsky!

—¿Tanto, Buck? —empezó a alarmarse el promotor de boxeo.

—Aquí lo tiene todo bien detallado, señor Bronsky... Gastos de entrenamiento, gastos de subsistencia, publicidad, equipo, entrenadores, viajes, transportes, hoteles y las cantidades que se le han ido adelantando.

—Mucho dinero para llevárselo a ese patán, Arthur —volvió a opinar Gary Bronsky.

—¿Mucho, patrón, de cerca de dos millones de dólares? —pareció contradecir el periodista.

Poniéndose serio, Gary Bronsky objetó a su vez:

—No pareces muy conforme, Arthur.

—¡Ni lo estoy!

—Mira, chico... No te metas en mis cuentas y todo seguirá como hasta ahora. ¿Te parece?

—¡Nada va a seguir como hasta ahora!

—¿Qué estás diciendo, muchacho?

—Mejor que seguir hablando... ¡Haré esto!

Y uniendo la acción a la palabra, Arthur Pem le arrebató velozmente el grueso libro de cuentas al sorprendido contable y, con todas sus fuerzas, le atizó en pleno rostro con él a Gary Bronsky, al tiempo de gritar:

—¡Ahora, Cruz! ¡A ellos!

La puerta del pasillo se abrió con estrépito de cristales y maderas rotas, y nunca más que en aquellos momentos el gigantesco y fuerte Cruz Osma pareció un auténtico y arrollador «Sansón de los Andes».

Penetró allí como un huracán y sus poderosos puños empezaron a golpear a diestro y siniestro, con una fuerza y contundencia que jamás esperaron probar todos los presentes en sus propios rostros.

Arthur Pem tampoco se estaba quieto.

De todos los presentes, solo el veloz Martín Brake logró desenfundar su pistolón. La bala consiguió rozar uno de los hombros del boxeador, pero no por eso Cruz Osma se detuvo ni se dio respiro. Un zurdazo terrible mandó al país de los sueños al pistolero, que dejó caer su arma.

Arthur Pem se lanzó sobre la pistola y al instante se puso a ordenar:

—¡Quietos todos, o sabréis lo que es bueno!

Orden absurda, porque ninguno le podía escuchar. Todos estaban bien «dormidos» y lo único que se movía allí eran las torneadas piernas de la aterrada Elenor, que reculaba hacia el fondo mirando alucinada a los dos atacantes.

En el fondo —aunque no lo confesó—, nunca le parecieron más «apetecibles» y deseables aquellos dos hombres.

—Unas bolsas, Elenor —exigió Arthur Pem—. ¡Vamos a llevarnos la mitad de todo ese dinero!

—No, Arthur, no... ¡No hagáis esa locura! ¡Gary os matará!

—Antes tendrá que encontrarnos. Y en cuanto a la policía... La Comisión de Boxeo será la que tenga la última palabra. No se tragarán todas estas cuentas, porque eso sí que es un atraco.

* * *

Tomando uno de los ejemplares, Arthur Pem le mostró el libro a la periodista italiana Nadina Parluzzi y le preguntó a la fotógrafa deportiva:

—¿Te gusta el título, Nadina?

—¡Mucho, Arthur! Con esa historia volverás a ganar otro Pulitzer.

—Cruz y yo nos conformamos con que se vendan muchos ejemplares.

—«El ídolo de barro» —leyó el gigante chileno—. ¡Ese he sido yo!

—¿No te molesta, verdad, Cruz?

—¡Al contrario, Arthur! Aquí cuentas toda la verdad.

—Le mandé un ejemplar a tu esposa —dijo con cierta risita y retintín Nadina Parluzzi.

—Bessy no lo leerá.

—Al contrario. ¡Verás cómo al fin viene a mí casa y hacéis las paces!

—¿Tú crees, mujer?

—La conozco mucho. Es mi mejor amiga... ¡Y por eso sé que te admirará mucho!

—Yo diría que sigue odiándome.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué tontos sois los hombres! Bessy siempre ha estado enamorada de ti. ¡Incluso antes de que la convirtieras en tu esposa aquella noche loca en el Astoria!

—Eso me dijo, pero después...

—La rechazaste, Arthur. ¡Le dijiste que te habías casado con ella porque estabas borracho!

—Y fue así.

—Pero no se le debe decir a la mujer que se ha entregado a ti, bruto.

—En eso metí la pata. Mil veces he intentado decírselo, pero ella...

—Bessy también es periodista deportiva y por eso sabe lo que significa para el boxeo tipos como Gary Bronsky... ¡Y tú estuviste trabajando para ellos!

—Otra equivocación, Nadina.

—Que ahora, con esa fenomenal denuncia, has corregido.

—¿Crees que Bessy lo apreciará?

—¡Claro que sí, hombre! Y todo el país. ¡El mundo entero! ¡«El ídolo de barro» es una historia fenomenal!

—Gracias, Nadina. ¡Pero mí trabajo me costó! Llevo meses escondido aquí, en tu casa.

—Y siempre con el peligro de que los pistoleros de Gary Bronsky te encontrasen.

—Ya ves que han buscado inútilmente. Y desde ahora, cuando mande uno de estos ejemplares a la Comisión de Boxeo, a la Junta Deportiva, al Fiscal del Distrito, y a la misma policía, ¡ya me dirás!

—Les saldrán a todos ellos muchos años de cárcel —sentenció feliz la periodista italiana.

Cruz Osma les miraba también sonriente y de pronto preguntó:

—¿Podré volver a mí país ahora, Arthur?

—Sí, Cruz: antes habría sido peligroso. Eres el «Ídolo de barro» y mucha gente te conoce. Los tipos como Gary Bronsky te habrían localizado y...

—Pero si por los periódicos nos hemos enterado que no pusieron ninguna denuncia...

—¡Cierto! Quisieron evitar el escándalo. No habrían podido explicar su «contabilidad» tan especial. Pero esos tipos obran por su cuenta, en la sombra y con mente criminal. Cruz. ¡Ha sido mejor así!

—Menos mal que Nadina echaba mis cartas al correo para María.

—Pronto te casarás con ella.

—¡Y le compraré la casa que le prometí!

Nadina se levantó al anunciar:

—Voy a ver al editor. ¡Ya puede poner a la venta toda la edición de «El ídolo de barro»!

# CAPÍTULO XI

«El ídolo de barro» empezaba así:

El 15 de marzo de 1959, Johnny Saxton, de 28 años, excampeón de peso medio-mediano, comparecía ante un juez de Nueva York, acusado de un robo. El botín había sido la ridícula suma de 5 dólares.

El exboxeador, que tenía fama de haber «ganado» más de un millón de dólares durante los ocho años que actuó en los cuadriláteros, dijo que estaba en la miseria y debía al Gobierno, por contribuciones atrasadas sobre sus ganancias, que nunca pagaron sus empresarios, cerca de 16.000 dólares.

El juez le miró fijamente y le dijo:

—Johnny: ¿qué se ha hecho de todo tu dinero?

Saxton farfulló en un tono que casi no se oía:

—A mí no me tocó casi nada, Señoría.

—¿Por qué dejaste el boxeo?

—Porque ya no me necesitaban, Señoría —respondió el aludido mirando al suelo.

Hoy, después de una tentativa de suicidio, Johnny Saxton está internado en un hospital de Nueva Jersey. Con la ayuda de la psiquiatría comienzan a despejarse las telarañas que le envolvían el cerebro.

—Cuando me trajeron aquí —me dijo—, quise quitarme la vida. Ya no podía boxear más. Me habían prometido mucho dinero en las peleas que pasan por la televisión de vez en cuando, pero no hubo tal. Nunca recibí más de quinientos dólares juntos. Ahora me tiene usted en el hospital: eso es lo que he sacado del boxeo, señor Pem.

Eso mismo es lo que el boxeo le ha proporcionado a Johnny Bratton, otro excampeón de peso medio-mediano que, a los 30 años, ya parecía un anciano y hoy sigue confinado en otro hospital de enfermedades mentales de Illinois.

La triste verdad es que el boxeo profesional es el más prostituido de los deportes organizados. Los casos de Johnny Saxton y Johnny Bratton no son únicos, sino ejemplos que apenas sirven para ilustrar las características más salientes del infame negocio: la brutalidad, la venalidad y la mala fe de muchos *managers* y empresarios.

Quienes contemplan una pelea por televisión en los Estados Unidos verán, casi con seguridad, un par de mozos musculosos, al parecer llenos de iniciativa y fuerza, más en realidad son como títeres manejados por los rufianes que conciertan los encuentros.

A menudo, los púgiles poseen una inteligencia inferior a la normal, ya sea porque nacieron así, por la miseria en la que muchos de ellos nacieron, ya porque han practicado su oficio demasiado tiempo.

Saben de antemano quién va a ganar, quién debe perder, cuándo y cómo. Y, por lo común, terminan su carrera maltrechos y arruinados, robados por quienes se han servido de ellos en provecho propio.

Reflexionando fríamente y pensando los hechos que saltan a la vista, no se justifica en absoluto que se siga permitiendo el boxeo profesional en esas circunstancias que denuncio. Ya es tiempo de que hayamos alcanzado el suficiente grado de civilización para abolir un espectáculo tan degradante, tanto por razones sanitarias como de orden moral.

Los riesgos para la salud son innegables. A veces, un solo puñetazo en la cabeza puede ocasionar la muerte por hemorragia cerebral. Esa fue la causa de cuatro defunciones recientes: la de Walter Ingram en Guadalajara —México—; la de Antonio López, de 19 años, en Nuevo Méjico; la del peso ligero alemán Karl Bick y la del sudafricano Jimmy Elliot.

Desde la Segunda Guerra Mundial han muerto de lesiones recibidas en el *ring* unos 192 boxeadores. Thomas Gorman escribe en una revista de la «Asociación Médica Norteamericana»: «El boxeo es el único deporte en que la cabeza constituye el blanco principal, el único cuya finalidad es poner fuera de combate al adversario mediante un golpe que le haga perder el sentido al rival. Pero, no es esencial que un púgil reciba el puñetazo decisivo, o que sufra una fractura del cráneo para quedar mal herido. Puede llegar también a padecer pequeñísimas hemorragias u otras lesiones cerebrales que escapan aun al ojo clínico del médico».

El peligro de tales lesiones ha sido demostrado en experimentos realizados en el Hospital Naval de Bethesda, en Maryland, y en la Universidad de Chicago. El Dr. Ward Halstead, quien los dirigió, afirma: «La mayoría de las lesiones causadas por golpes en el cráneo se presentan en los lóbulos frontales, la parte del cerebro que rige la coordinación y el dominio sobre uno mismo».

Estos lóbulos descansan sobre un borde óseo aguzado y, cuando la masa encefálica rebota en el cráneo, ese borde se clava en los lóbulos frontales y destruye los tejidos. El encéfalo, a diferencia de algunos otros órganos del cuerpo, no puede renovar sus propios tejidos, así que la lesión es permanente.

De esto resulta el síndrome de los boxeadores, una especie de conmoción cerebral que hace conducirse a quienes la padecen como si tuvieran una permanente borrachera: pasos oscilantes, hablar tartajoso, confusión de ideas. Los pugilistas sufren también, generalmente, de la vista, los riñones y el corazón.

Si alguien pusiese en duda las perniciosas consecuencias del mal

llamado «deporte del boxeo», la experiencia del excampeón del peso pesado, Gene Tunney, acabaría por convencerle.

«Cierto día, durante el entrenamiento —dijo Tunney—, recibí un puñetazo en la cabeza. Sentí como si me hubieran taladrado el cráneo y por el agujero me entrara un chorro de agua caliente a los sesos. Una cortina de fuego me nubló la vista. Durante los tres días siguientes no podía acordarme de mi nombre ni el de mis amigos más íntimos. La posibilidad de que pudiera declarárseme el síndrome de los púgiles me obsesionó durante varias semanas, y entonces empecé a pensar en retirarme del *ring*».

En cuanto a la parte moral, la verdad es que el boxeo profesional tal y como se practica en nuestro país, no es un deporte, ni mucho menos. Es un negocio fríamente calculado para que de él saquen todo el provecho posible quienes, como Gary Bronsky, controla a los púgiles y los locales y estadios, así como los que perciben los derechos de las transmisiones por televisión.

El hecho de que seres humanos puedan sufrir lesiones permanentes o morir, tiene sin cuidado a estos hábiles manipuladores que se enriquecen entre bastidores. Ellos forman un monopolio, conocido para los que obran dentro de él con el nombre de «El Pulpo», que decide de la suerte de casi todos los boxeadores y que, haciendo caso omiso de la destreza de cada uno, dispone quién debe ganar, quién perder y cuál ha de ser su próximo adversario.

Entre muchas otras, tal estado de cosas se debe en gran parte a la televisión. Para obtener suficientes peleas de campeonato, capaces de atraer la atención de los televidentes y aficionados, los empresarios antes han tenido que «negociar» con «El Pulpo»: con sujetos como Gary Bronsky o Frankie Garbo, asesino convicto este último, como muchos saben. Con Jones Norris, expresidente del desacreditado «Club de Boxeo Internacional»: con Truman Gibson, antiguo asesor de impuestos de Joe Louis, que también terminó procesado: con Mickey Cohen, con Gabe Genovese, con Gigi Dullio, conocido hampón, con «Blinky» alias «Palermo», expulsado del país a Sicilia, etc., etc.

A algunos de estos delincuentes se les sigue actualmente causa ante los tribunales de Nueva York o California, Miami o Nevada: otros muchos ya se han confesado culpables de operaciones ilícitas, en cuanto a las apuestas, tongos, ventas de entradas y demás.

Recientemente, muchos recordarán que Garbo fue condenado a cinco años de cárcel y pagar una multa de 2.000 dólares. Su propio defensor hizo esta observación reveladora: «El llamado deporte del boxeo debería abolirse en este Estado. Si hoy se califica de negocio ilícito, bueno es saber que siempre lo ha sido, y siempre lo será. ¿Por qué entonces se condena a mí cliente?».

¡Colosal! ¿Verdad?

Tiene razón. ¡Tiene mucha razón ese abogado!

En el fondo, encarcelando a Garbo no se mata a «El Pulpo». Sus tentáculos son demasiado largos y poderosos y están muy hondamente aferrados para que suelten su presa porque se condene a un solo individuo, aún en el caso de que sea tan rico e importante como el citado.

Jim Norris llegó al campo del boxeo con una fortuna de 50 millones de dólares, heredados de su padre, difunto especulador en trigo. Compró y «heredó» la dirección del Madison Square Garden de Nueva York, del Olympia de Detroit y del Stadium de Chicago. Cuando necesitó programas para sus grandes anfiteatros deportivos, se encontró con que Garbo podía proporcionárselos.

Con el tiempo, ambos llegaron a dominar a los campeones de todos los pesos, y pudieron escoger contendientes a su gusto e intereses. Para asegurar el dominio permanente, obligaron a los *managers* extraños a su monopolio, a convenir en que, si un campeonato cambiaba de manos, el nuevo campeón lucharía bajo el patrocinio del Club de Boxeo.

Cuando «El Pulpo» no cuenta con la sumisión incondicional del púgil, además de las primeras veladas amenazas, recurre a métodos brutales para remediar la situación.

¡Y estoy hablando hasta de asesinatos que, naturalmente, siempre parecen «accidentes»!

En el caso de Don Jordan, campeón de peso medio-mediano, estos métodos fueron la causa del procesamiento de Gibson, «Palermo» y los matones de Luis Dragna y Joe Sica.

El año pasado, en Los Ángeles, Jordan derrotó a Virgil Akins y conquistó el campeonato de su categoría. Según cuenta el empresario Jackie Leonard, él y Don Nesseth —*manager* de Jordan que no pertenece a la cofradía de «El Pulpo»— recibieron al poco tiempo la visita de «Palermo», quien exigía «una participación, en las ganancias de Jordan», Nesseth y Leonard rehusaron dársela. Dos semanas después de declarar en este sentido ante la Comisión Atlética de California, Leonard se disponía una noche a guardar su auto en el garaje, cuando fue brutalmente golpeado.

La Comisión hizo comparecer a «Palermo», Gibson, Sica y Dragna para interrogarles, y por intermedio del fiscal del distrito judicial de Los Ángeles, se puso el caso en manos de un jurado popular: este decidió abrir el proceso, de modo que los cuatro, y también Garbo, fueron acusados de conspiración y otros delitos.

En los países civilizados no se justifica ya un «deporte» tan brutal, y mucho menos manejados por hombres como los citados y Gary Bronsky, quien será uno de los principales protagonistas de las páginas de «El ídolo de barro».

Por último citaré al señor Harold Barnes, exfuncionario de la Comisión

Atlética del estado de Nueva York, que ha sido juez de boxeo durante 39 años y que dice: «Para mí, el boxeo tal como lo practicamos aquí, con todo lo que ello implica de negocio y demás, es un asesinato legalizado. Hoy lo veo bien claro: si de mi dependiera, lo pondría fuera de la ley».

La historia de cómo conseguimos fabricar la fama de «El ídolo de barro» les informará con todo detalle, puesto que Cruz Osma y yo hemos podido disponer de mucha documentación valiosa en este sentido, así como de nombres, fechas y un «sensacional» libro de «contabilidad» de la organización de Gary Bronsky, que hoy tenemos el gusto de poder ofrecer a nuestros lectores...

* * *

Aquella noche, Bessy Loy no durmió.

No pegó ojo hasta que la última página de «El ídolo de barro» la hizo comprender que, siendo en parte protagonista por lo que de ella y él mismo contaba Arthur Pem, el hombre secretamente amado se comprometía con su denuncia.

En aquellas páginas había sinceridad, honradez y, al mismo tiempo, arrepentimiento. Era una clara y detallada exposición de hechos vividos por todos los protagonistas, a los que muchos conocían, trataban a diario y se les veía por todas partes.

¡Aquel sí que era un combate en el que Arthur Pem se exponía a ganar o perder!

«El Pulpo» jamás le perdonaría tantas verdades. Pero él había saltado al *ring* y con valentía contado al mundo la carcoma que corroía al boxeo.

Así es que Bessy Loy pensó antes de dormir que el que ante la ganancia piensa en la justicia, y frente al peligro ofrece su vida y decide aclarar las cosas, tal hombre puede considerarse digno del amor de una mujer.

* * *

Al otro día Bessy Loy ya estaba en los brazos de Arthur Pem.

Observándolos, Nadina Parluzzi le tocó en silencio un brazo a Cruz Osma y le musitó al oído:

—Vamos a dar una vuelta, «enanito»... Más de dos en ciertos casos es una multitud y esos necesitan estar solos.

Arthur Pem y Bessy Loy volvieron a enzarzarse en sus abrazos, besos y caricias y el periodista musitó:

—Hoy no estoy borracho, mi amor.

—Pues seguiremos con lo que empezamos, mi vida...

Y siguieron... Siguieron... Siguieron...

**FIN**

# SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

# LA CALVICIE SUPERADA.

## EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



**Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall**

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince dias ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

*(Continúa en la página siguiente*





EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España